

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 86.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

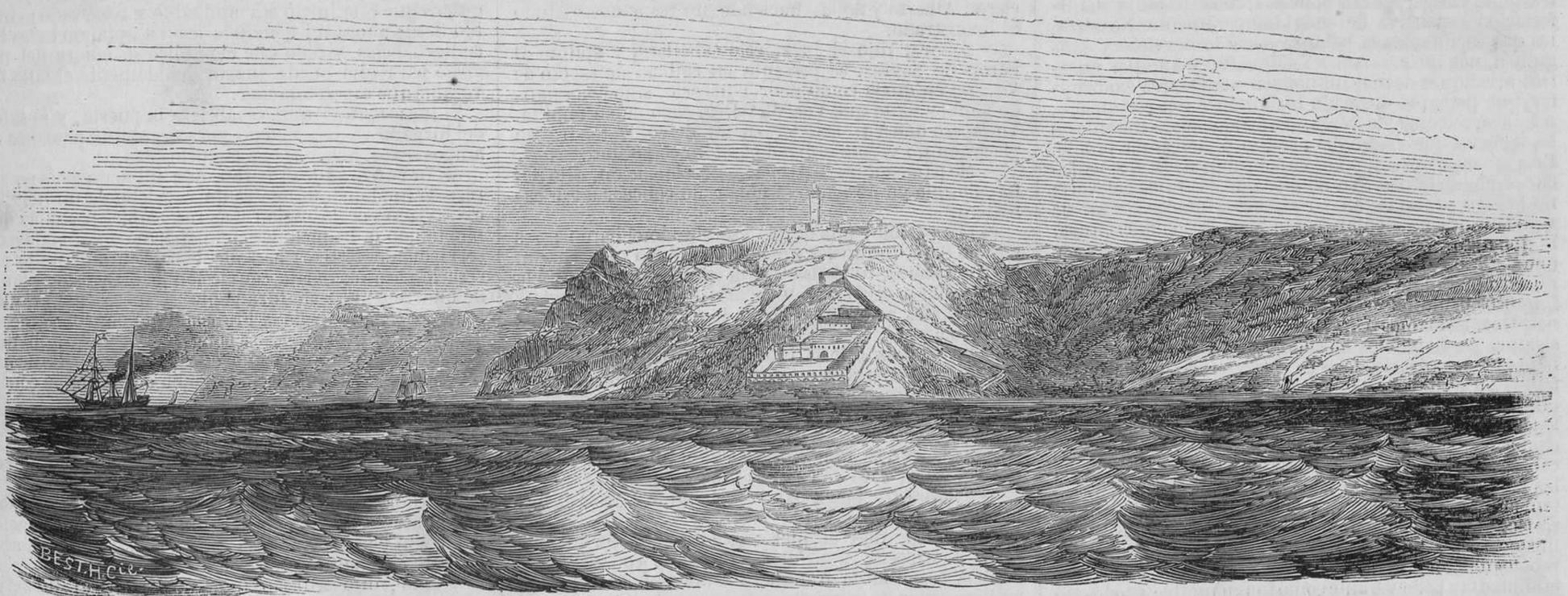
SUMARIO.

El mar Negro y la Guardia imperial francesa; grabados. —
Apuntes para un drama. — Un camino en la Laponia; gra-

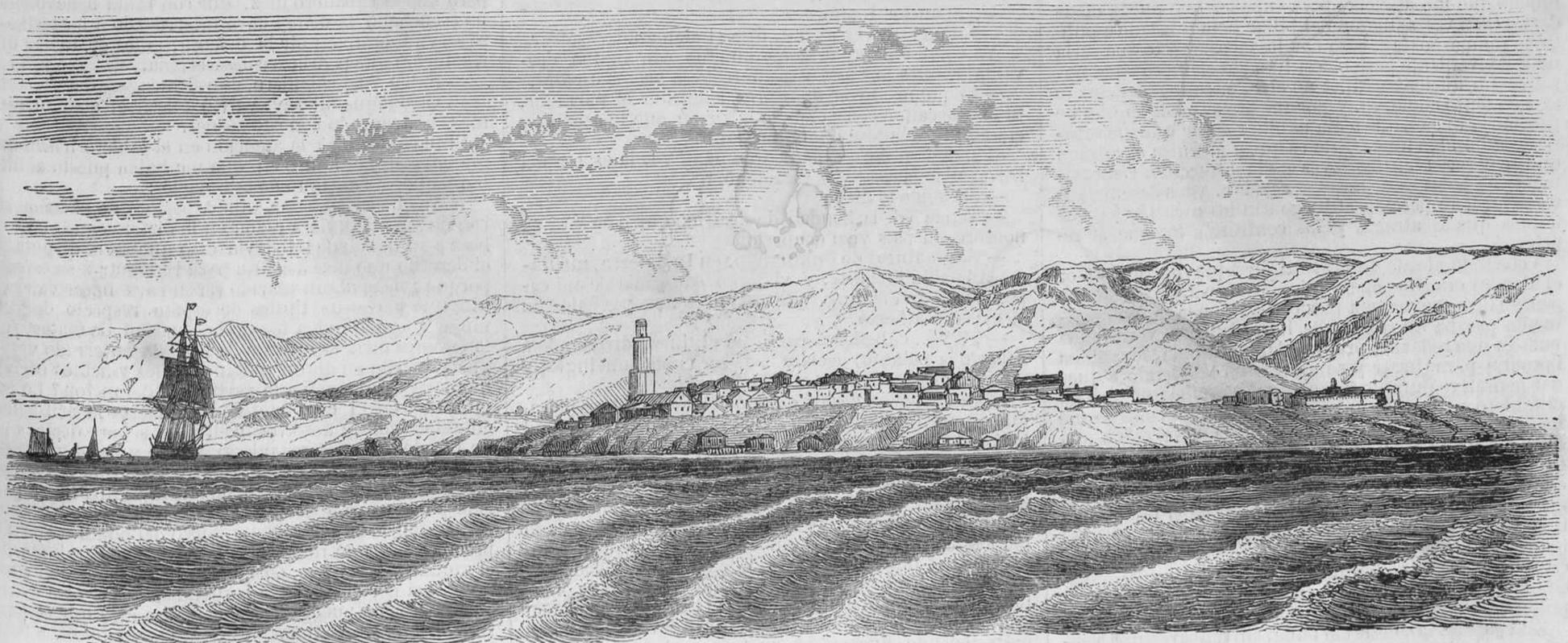
bados. — Revista de Paris. — Teatro latino. — Tres cartas
acerca de la Finlandia. — ¿Wigh ó tory? Ciudadano. —
La Rita, cancion madrileña. — Margarita Pusteria. — De
la caza. — El mes de Agosto; grabado.

El mar Negro y la Guardia imperial.

Desde la retirada de los rusos, el interés capital de la guerra parece concentrarse en el mar Negro. En efecto, la Francia y la Inglaterra comprendiendo que no puede



Mar Negro. — Costa de Asia.



Mar Negro. — Costa de Europa.

haber una paz sólida y durable en Europa mientras no se eliminen los elementos de destrucción acumulados por la Rusia en los puertos militares del mar Negro, han resuelto sitiar estos puertos por mar y tierra, y principalmente Sebastopol, esa fortaleza que llaman con razón el Gibraltar del mar Negro. Con este objeto pasará un ejército respetable, compuesto de franceses, ingleses y turcos á la Crimea, mientras las escuadras combinadas dominarán la parte de ese mar de que ofrecemos hoy dos magníficas vistas á nuestros lectores, una que mira á las costas del Asia y otra á las de Europa.

En su lugar correspondiente verán nuestros lectores también los grabados que representan la nueva guardia imperial francesa, y que damos sin acompañarlos de texto explicativo por bastar á su comprensión las inscripciones que colocamos al pié de dichos grabados.

Apuntes para un drama.

ACTO QUINTO Y ÚLTIMO.

Como dije en mi acto anterior, un ciudadano me propuso una partida de ajedrez, cosa que yo acepté, porque ignoraba el carácter de mi competidor. Era este un alemán, flemático naturalmente como todos los que nacen en el país de los relojeros, y no cabe contrastar mas chocante que el que ofrece un hijo del Mediodía jugando al ajedrez con un alemán. Los meridionales tenemos el genio vivo; deseamos ganar como todo el que juega, pero deseamos sobre todo jugar de prisa, de modo que preferimos perder, martirizando nuestro amor propio, á jugar despacio, quebrantando nuestra paciencia. Los hombres del Norte, por el contrario, prefieren perder, jugando despacio á ganar jugando de prisa, porque dicen que en las cosas de cálculo no se satisface el amor propio con resultados debidos á la precipitación, y yo no me atrevo á decir si tienen ó no tienen razón en lo que dicen, pero sí diré que con semejante sistema son capaces de quemarnos la sangre.

Otra de las diferencias que mas hacen resaltar el contraste de caracteres tan opuestos, consiste en la manifestación expansiva de cada temperamento. Nosotros, los que inclinamos la balanza hácia lo nervioso y sanguíneo, nos incomodamos fácilmente, y aunque nuestros arranques de mal humor son verdaderos exabruptos, que tienen la duración instantánea del relámpago, nos incomodamos de véras, poniendo así de manifiesto los defectos que nacen del orgullo ó del amor propio. Un alemán, al revés, no se enfada nunca, y si se enfada lo sabe disimular. Yo no diré que los hijos del Norte no tengan su alma en su almario, que carezcan de vanidad, que no sientan como toda humana criatura; lo que digo es que nunca manifiestan exteriormente lo que pasa en la región de sus nervios, que no tienen nuestros arranques, en una palabra, que dominan sus impulsos ocultando sus emociones bajo una calma que nosotros llamamos cargante. En esta lucha salimos siempre perdiendo los meridionales; porque la impasibilidad del contrario, léjos de servirnos de lección, contribuye á irritarnos. Quisieramos lidiar con un hombre tan brusco como nosotros, sensible á nuestras demostraciones y susceptible á nuestras interjecciones, mejor contra el que parece haber endosado el sentimiento á la cabeza. En el primer caso, los ataques se neutralizan ó las bofetadas suceden á las razones: en el segundo, no teniendo motivo para romper abiertamente con el contrario, acabamos por arañarnos y repelarnos nosotros mismos. A esta perversa condición á estos diabólicos arrebatos de los hombres excesivamente biliosos, á esta irritabilidad tan perseverante como inaguantable, á todo esto lo llama mi amigo D. Antonio Ribot, tener buen genio, y me atrevo á citar su nombre porque estoy seguro de lo mucho que me aprecia, para suponer que pueda ofenderse. Cien veces jugando al billar hemos estado á punto de rompernos la cabeza con los tacos, y esto que sería un inconveniente para otros, ha sido siempre para nosotros un aliciente. Ribot no encuentra jugador que le agrade tanto como yo, y por mi parte confieso que he perdido la afición que tenía al billar desde que me separé de mi amigo Ribot. Esta es quizá la única excepción que se observa en las leyes de la atracción. Generalmente los polos semejantes se repelen, y los desemejantes se atraen; pero en el juego son los caracteres iguales los que se atraen, y los contrarios los que se repelen.

Volviendo al café de Frascati diré que mi competidor el alemán era un buen hijo de su patria: desde que pensaba en mover una pieza hasta que la movía realmente pasaba un cuarto de hora. Muchas veces, después de una reflexión prolija, si no profunda, levantaba la mano para jugar y se arrepentía volviendo á quedar pensativo durante largo rato. Yo estaba que no veía el tablero ni mucho menos las piezas: un color se me iba y otro se me venía; sudaba cada gota como una avellana y por consecuencia de todo esto perdía. Es natural; cuando me llegaba mi vez estaba devorado por esa impaciencia que corre parejas con la angustia; cogía un caballo, una torre ó la reina y daba un ataque imprudente sin pensar en la defensa: entonces el alemán se comía mi caballo, mi torre ó mi reina como si estuviera muerto de hambre, y yo me hubiera comido de buena voluntad al alemán, como quien se come un piñón.

Esta partida tan desigual tenía, sin embargo una ventaja en aquella situación. Ya he dicho que mientras el alemán y yo jugabamos al ajedrez, el consabido ami-

go de los apuntes se proponía exponer el quinto y último acto de nuestro drama. Gracias, pues, á la cachaza de mi contrario en el juego, yo pude oír la narración de la historia, y merced al interés que esta me iba inspirando, pude sufrir con mas calma la pesadez de mi competidor. Dejemos ya esta digresión y pasemos á referir los incidentes del último acto de nuestra romántica producción. El narrador tomó la palabra y dijo:

— El teatro representa un juzgado de provincia donde los fugitivos han sido arrestados. Antes de empezar el juicio que van Vds. á oír aparecen el juez y el baron de Sevres conversando amigablemente.

— Yo no quisiera escandalizar, dijo el baron, pero mi honor y sobre todo mi amor me impulsan á reclamar á mi esposa, obligándola por todos los medios imaginables á seguirme.

— ¿De modo, contestó el juez, que Vd. no quiere imponer castigo ninguno á los delincuentes?

— Sí, señor, yo quiero que el raptor, el amante, sea castigado, pero en cuanto á mi esposa mejor querría perderla que castigarla.

— Eso es imposible, caballero. El raptor no ha podido conducir á su esposa de Vd. á un punto tan lejano de París sino contando con la voluntad de ella. No hay aquí violencia, que es lo que haría diferente la suerte de los culpables; hay un comun acuerdo, y la ley dice terminantemente en estos casos que no se puede absolver al uno condenando al otro.

— Pues entonces renuncio á todo castigo. Yo solo quiero que mi esposa vuelva á mi poder, y á este precio perdono al hombre que ha destruido mi felicidad.

— Jaque al rey, dijo el alemán, sin prestar la menor atención al drama.

Este maldito jaque me distrajo un momento, haciéndome perder algunas palabras del diálogo encerrado en el monólogo de mi amigo. Por fortuna el ataque no era decisivo, pues pude evitar el golpe sin mas que mover un peon, y con esto el alemán se puso á discurrir, dejándome en libertad de escuchar.

— El juez, continuó el narrador, hizo sonar una campanilla, y dijo á un alguacil que hiciese entrar á los individuos arrestados. Un instante después aparecieron Alberto y Sofía, haciendo un respetuoso saludo al magistrado.

— Señora, dijo el juez, este caballero, y apuntó al baron de Sevres, se presenta en calidad de esposo de Vd., no en queja como podría hacerlo, sino reclamando simplemente que vuelva Vd. al seno de su familia. Yo espero que Vd. accederá á su deseo, y tendré un placer en no verme obligado á obrar como juez.

— Me parece muy extraña esa reclamación, dijo Sofía, porque yo no tengo el honor de conocer á ese caballero.

— ¿Es posible! prorumpió asombrado el baron; ¿es posible Sofía que apeles á ese recurso, á esa superchería, para empeorar tu causa! Aquí el baron recapituló la historia de lo ocurrido, y acabó dirigiendo enérgicas reprensiones á su mujer por la ingratitud con que pagaba su amor.

— Señor juez, dijo la interesada; yo he dicho y repito que no conozco á ese caballero; ahora debo añadir que no reconozco en él el derecho de insultarme ni de fustarme, y espero que tenga Vd. la bondad de poner término á semejantes tratamientos que ultrajan mi dignidad. Parece imposible, añadió, que haya podido un juez hacer caso de cuentos tan inverosímiles.

— ¿Habrá paciencia para sufrir tal descaro? exclamó el baron.

— Silencio, dijo el juez: esta cuestión ha tomado diferente aspecto, y no debo realmente consentir que hable Vd. con tanta franqueza á una señora que solo pudiera tener de comun con la esposa de Vd. cierta semejanza.

— Pero, señor juez...

— ¡Silencio! repito.

— Jaque otra vez al rey, dijo el alemán.

Yo volví á parar el golpe aunque con alguna desventaja, pues por esta vez me costó la broma un alfil.

— El pobre baron de Sevres, continuó el narrador, tuvo que callarse, á pesar de la razón que le asistía, y el juez dirigiéndose á Sofía preguntó:

— ¿Sostiene Vd., señora, que no es Vd. la esposa del baron ni le conoce absolutamente?

— Sostengo lo dicho.

— Tenga Vd. la bondad de decirme quién es Vd., su nombre, su país y su ocupación.

— Soy natural de Buckingham, en Inglaterra, me llamo Adelaida Fielding, y viájo en compañía de mi esposo sir John Fielding, que está presente, y señaló con la mano á Alberto.

— ¿Y Vd., caballero, continuó el juez, dirigiéndose á Alberto la palabra, declara Vd. ser ciudadano inglés y esposo de esta señora con quien viaja?

— Declaro ser cierto cuanto ha dicho esta señora, que es en efecto mi esposa, y en prueba de esta verdad tengo el gusto de presentar á Vd. ese documento justificativo.

Esto diciendo, Alberto entregó un pasaporte inglés expedido en toda forma. El juez empezó entonces á temblar por las consecuencias del paso que había dado mandando prender á un ciudadano inglés y á su señora, sin mas fundamento que la demanda entablada por un súbito francés á quien ni siquiera conocía personalmente, y atendiéndole solo por el título de baron con que se recomendaba. Así, se apresuró á devolver el pasaporte diciendo, que estaba en toda regla y á pedir mil excusas á los acusados. Iba ya á despedirlos cuando el baron convencido del derecho que le asistía, exclamó:

— Señor juez: ese pasaporte no prueba que estos señores sean súbditos ingleses; lo único que prueba para mí es que habían tomado bien sus medidas para emprender su vida aventurera; yo digo desde ahora que ese documento es falso, que esta señora es mi esposa, y me ofrezco á justificar todo lo que afirmo. Por consecuencia, pido á Vd. que no ponga en libertad á los acusados sin oír antes á mis testigos.

— ¿Dónde están esos testigos?

— En la antesala del juzgado. Si mi esposa y ese caballero habían tomado bien las precauciones para la fuga, yo no había descuidado las mías para hacer prevalecer la verdad.

Esta salida inesperada del baron hizo palidecer á los amantes, que creían poder ya ganar la frontera, y al juez que solo tuvo aliento para interpelar al baron, diciendo:

— ¿Y Vd. acepta voluntariamente la responsabilidad de la detención de estos señores?

— Sí, señor, la acepto.

— Pues bien, oigamos á los testigos.

Asómase el baron á la antesala, y á una seña que hizo acudieron varias personas que fueron sucesivamente interrogadas por el juez. La primera de estas personas era un hombre de aspecto venerable, que dijo haber conocido siempre á Sofía como amigo que era de su padre, y que no solo la conocía bien, sino que había servido de padrino en la boda de esta señora con el baron. Los demás reconocieron también á Sofía, y protestaron ser ella misma bajo juramento.

— Otro jaque al rey, dijo el alemán.

Y no contento el maldito con este jaque, me dió otros seis ó siete seguidos, costándome la pérdida de dos peones, un caballo y la reina en entónces el mate.

— El juez, continuó el narrador, no sabiendo que resolver en aquella situación tan complicada, registraba en su mente el medio de salir del apuro, y como para dar tiempo á la meditación, dijo á un alguacil:

— Fuera toda esa gente que se anda asomando á la puerta. Este es un juicio amigable y reservado en que no hacen falta mas personas que las presentes.

— Al contrario, señor juez, dijo el baron; yo no quiero que este juicio sea amigable y reservado; entablo desde ahora mi demanda legal aceptando todas las consecuencias, y pido que el público se entere del negocio para que pueda juzgar debidamente el fallo favorable que espero obtener.

El juez mandó que se abriera la puerta, y el salon del juzgado se llenó como por encanto de personas de ambos sexos, atraídas por la curiosidad.

— Ya ve Vd., dijo el baron, que mi acusación no carece de fundamento, no es un capricho de un hombre extraviado por la pasión. Las respetables personas que han tenido la bondad de acompañarme en el viaje para servirme de testigos han dicho bajo juramento lo necesario para formar la convicción legal, y estoy seguro de que repetirán su juramento, si fuere necesario, en todos los tribunales de la Francia. Pido por consiguiente que la señora mi esposa se ponga desde luego á mi disposición, y tanto ella como el caballero que la acompaña pueden reservarse el derecho de reclamar contra esta medida.

El juez que, en vista de las declaraciones, había estado dando señales de asentimiento á las palabras del baron, se levantó para pronunciar su fallo con mayor solemnidad.

— Señores, dijo, atendidas las pruebas que el demandante ha dado en apoyo del derecho con que reclama, y sin perjuicio de que los interesados puedan apelar ante el tribunal correspondiente...

— Alto, dijo Alberto interrumpiendo al juez; yo creo que en ningún tribunal del mundo es permitido pronunciar una sentencia sin oír á las dos partes, y espero que el caballero juez, que con tanta benevolencia ha escuchado la demanda é interrogado á los testigos, se servirá también oír la defensa, antes de tomar una resolución que podría ser desafortunada.

— Hable Vd., caballero, dijo el juez.

— Otro jaque al rey, volvió á decir el alemán, que me tenía cargado con sus jaques.

El narrador fijó la atención en el tablero hasta que me vió salir del apuro en que me había puesto el último jaque, y continuó de este modo:

Yo quiero suponer, dijo Alberto, que el señor baron de Sevres tuviera razón en la historia que sirve de base á su demanda; todavía creo que sería disputable el derecho que dice asistírle para reclamar á su esposa; porque ¿tiene algun marido razón para hacer valer en ninguna parte sus títulos de esposo respecto de una mujer á quien había tenido la crueldad de matar, con la circunstancia agravante de haberla enterrado viva? ¿Está escrito en algun código que los vínculos matrimoniales sobreviven á la partida de defunción? Lo repito, aun en el caso de que fuese cierta la acusación entablada contra nosotros, podría mi señora decir: «Yo he jurado perteneceros mientras viva y no después de la muerte; yo no soy la misma persona que era antes de mi entierro, porque saliendo de la tumba he adquirido una nueva existencia; yo soy libre y dueña de mis acciones, en cuya virtud huyo del hombre que tan precipitadamente rompió los lazos que nos unían ante el mundo y las leyes, porque el que tal ha hecho conmigo, sea por efecto de la casualidad ó por otra causa cualquiera, no puede inspirarme otra cosa que el horror con que las víctimas miran á los verdugos.» Pero no hay nada de eso. El señor ha tenido el capricho de entablar una demanda ridícula, reclamando como su esposa á una mujer que no le conoce, que no pertenece

á este país, y para apoyar su pretension se presenta con varias personas que declaran á su gusto. Pero ¿quién conoce á estas personas? ¿quién conoce en esta ciudad al mismo demandante? ¿quién podrá jurar que estos señores son siquiera ciudadanos franceses, sino unos aventureros que forman hoy este estupendo complot para ocasionar disgustos y contratiempos á una familia extranjera, víctima de una intriga estrambótica, y de la docilidad de un juez que presta mas fe á personas desconocidas que á un documento legal como mi pasaporte? Yo pido, pues, que se nos deje seguir nuestro camino, y me reserve el derecho de reclamar contra la arbitrariedad con que se nos ha detenido en nuestro viaje.

El juez abrumado con las razones de Alberto, y sobre todo con la amenaza que este fulminó al fin de su discurso, volvió á levantarse, y dijo:

— Es verdad. Enterado, pues, el tribunal de las débiles razones en que se apoya la demanda, y oída la elocuente peroración del preopinante...

— Otro jaque al rey, dijo el alemán.
Era este un golpe contundente. No había mas remedio que perder la única torre que me quedaba si quería evitar el mate, y yo preferí perder la torre á sufrir el mate que, por otra parte, no debía tardar mucho. El narrador continuó de esta manera su historia:

— Iba el juez á pronunciar la absolucion que dejaba en completa libertad á Sofia y Alberto, cuando se presentó un apoyo tan robusto como inesperado en favor del baron. Supongo que no habrán Vds. olvidado á la Francisca, antigua criada é infiel confidenta de Sofia. Esta que habia quedado al servicio del baron de Sevres, se apareció inopinadamente, saliendo de entre la multitud con un hermoso niño en sus brazos. Este era el único fruto del matrimonio de Sofia con el baron. A esta aparición el afecto maternal sofocó por un momento en Sofia el grito de todas las demás pasiones. En el arrebato de su indefinible sorpresa y obedeciendo al impulso de su amor de madre, como un ser automático al resorte que le imprime un movimiento irresistible, se lanzó á Francisca quitándole el niño de los brazos, y exclamando con un timbre de voz que vibró en todos los corazones: « ¡Hijo de mis entrañas! »

— Señor juez, se apresuró á decir el baron, he aquí un testimonio irrecusable de mi derecho. La madre acaba de desmentir á la mujer.

No hubo apelacion posible para Alberto, que perdió la facultad de hablar con la muerte de sus esperanzas. Sofia cayó desmayada, y fué preciso emplear las esencias mas eficaces para hacerla volver en sí. Cuando recobró la razon, sacó un pomito que llevaba escondido, y apuró el líquido que contenia, despues de lo cual manifestó que reconocia los derechos del baron, y que se resignaba á seguirle á Paris. Una expresion de inefable contento que contrastaba con el abatimiento mortal de Alberto, se reflejó en el rostro del baron, el cual presentó su brazo á Sofia; pero pronto esta empezó á dar señales de un sufrimiento cruel que la devoraba. Soltó el brazo de su esposo y cayó sobre una silla no pudiendo sostenerse en pié.

— ¡Sofia! exclamó el baron, ¡mi esposa, mi hija! ¿qué tienes?

— Nada, señor baron, dijo Sofia. La justicia humana nos ha unido por algunos instantes; pero pronto la tumba va á separarnos de nuevo para siempre.

— ¡Ah! dijo el baron cogiendo la mano de su esposa, esto es imposible; pero sí, veo que ya no late su pulso, que su mano despiende el hielo de la muerte. ¿De dónde proviene este terrible accidente? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ha preferido envenenarse á vivir conmigo! ¡Puede un amor como el mio inspirar un aborrecimiento como el suyo!!!

Alberto acudió también al socorro de Sofia, pero esta habia ya exhalado el último suspiro.

— Mate, dijo el alemán.

Y al mismo tiempo dieron las doce en el reloj del café. Un agudo silbido resonó en la calle haciendo la señal convenida para cerrar el gas con que se alumbran ciertos establecimientos, y el café de Frascati comprendido en este número quedó repentinamente á oscuras. Tuvimos, pues, precision de desfilas mas que de prisas y apretar el paso por la calle para no perecer víctimas de la espantosa helada que caía. Despues hemos celebrado muchas veces la casualidad que hizo apagar la luz al tiempo en que por un lado se terminaba la partida de ajedrez, y por otro se habia llegado al desahuce del drama romántico, cuyos apuntes ofrezco al que quiera aprovecharlos.

J. M. VILLEGAS.

Un camino en la Laponia.

De vuelta de un largo viaje por Dinamarca y por Suecia, llegué á la ciudad de Tornea, situada en el golfo de Bothnico, á la embocadura del rio Torneo. Esta ciudad construida en 1602 por orden de Carlos IX, fué capital de la Laponia sueca, y luego lo fué de la Laponia rusa desde 1815, época en que se entregó á la Rusia la Finlandia y la mitad de la Laponia.

Del lado de Suecia se alza una nueva poblacion llamada Haparenda, compuesta de unas pocas casas, y en ella me paré para descansar algunos dias, y para hacer los preparativos necesarios á fin de arrostrar sin temor los pantanos, las cataratas y los místicos, esas tres plagas del Lapmarken, ó tierra de Laponia.

En Tornea hay buenas tiendas, como que es el centro del comercio de la Laponia y de la Finlandia con la Suecia; allí hay todos los años en el invierno grandes ferias donde acuden los lapones en trineos del fondo de sus desiertos helados para cambiar cueros, peces salados y pieles de zorros azules, amarillos ó blancos, por tabaco, aguardiente, lana y municiones de caza, en una palabra, por los productos de la civilizacion que faltan en esos países, donde el clima apenas permite á los habitantes otra industria que la caza y la pesca. Esta poblacion de madera perdida en las soledades del polo, es el último limite del mundo civilizado. De aquí á Estocolmo se cuentan 214 leguas y 600 hasta Paris. Colocada el 21 grado 52 minutos de longitud, y el 63 grado 59 minutos de latitud boreal es, por contraste, la ciudad mas septentrional de Europa.

El conjunto del territorio singular donde está Torneo, se juzga perfectamente de Haparenda. Figúrese el lector un ancho rio que corre por una madre sin riberas; su calma y su transparencia sorprenden tanto mas, cuanto que se oye el inmenso ruido de sus aguas, sin que nada pueda explicarlo. Pero subiendo algunas millas, entonces se comprende la causa de ese ruido formado por las cataratas que trastornan su curso.

En medio del rio en el islote Swentzar que lo divide en dos ramales, se encuentra Tornea cuyas casas pintadas de encarnado, dominadas por la iglesia con su agudo campanario, y bañadas por las ondas, aumentan la novedad de este cuadro. El sol, que por esa época solo desaparece un instante del horizonte, esperece sobre ese paisaje una luz de eclipse que le da una melancolia nunca vista. En otoño y en invierno sucede lo contrario, la luz huye de esas comarcas, y por compensacion aparecen entonces en el cielo unos resplandores ígneos, tan vivísimos, que por un instante reemplazan la claridad del dia.

Pero si esos brillos polares disminuyen la tristeza de una noche tan larga, no atenúan los rigores de un invierno implacable. Aquí cada familia permanece junto á la lumbre en su casa bien cerrada, y provista de víveres y de leña para seis ó siete meses. En estas casas de un solo piso, se nota el cuidado con que se halla organizado todo para la vida interior; imperiosa necesidad en medio de una naturaleza donde durante tanto tiempo el aire helado no es casi respirable. Por eso hay que disponerlo todo para vivir en un encierro, y así se encuentran en las casas mas humildes, además de los utensilios caseros, y en las herramientas del oficio que sigue su dueño, violines, guitarras y hasta pianos, pues los fineses tienen mucha aficion á la música.

En noviembre las nieves no se deshuelan ya, y las lluvias y el deshielo no llegan hasta mediados de mayo; entonces algunos picos elevados de las montañas aparecen negros y lúgubres sobre los hielos, que se aflojan lentamente ante los rayos de un sol constante. Pero bajo esa zona helada, en cuanto el sol bajó, se siente de nuevo el frio, de modo que de la mañana á la tarde el termómetro recorre un espacio extraordinario. En enero de 1840 el Reaumur bajó aquí á cerca de 40 grados. A todo el que salia se le quedaba helada la nariz, y sentia en los pulmones como agujas de hielo. Durante esos terribles frios, los ojos no pueden soportar á descubierto la vibracion del aire á pesar de la oscuridad que apaga el brillo de las nieves; en los viajes hay que cubrirse de pieles enteramente, y en el gorro que oculta la cabeza, hay dos agujeros con cristales para los ojos; sin esta precaucion se perderia la vista.

Se experimenta una sed ardiente como en los mas grandes calores, y como se carece de agua á causa de los hielos, que tienen hasta diez y ocho piés de grueso, es preciso llevar una buena cantidad de aguardiente, único licor que con el calor del cuerpo se mantiene bastante líquido para beber; pero á veces sucede que al acercar los labios á la botella, se hinchan y se pegan al vidrio como la lengua, desgarrándose luego al arrancarlos.

Los vidrios que dan á la calle se parten si no están guarnecidos con tablas de madera, y cuando la mano toca los botones de hierro ó de cobre de las puertas exteriores, se quema como si tocara un metal ardiendo. Con un instante que esté abierta la puerta, el frio exterior convierte en nieve el vapor caliente del interior, que cae sobre las cabezas como al aire libre.

El 18 de junio salí de Tornea para entrar en la Laponia; aquí se acaban todos los caminos y principia el desierto; no hay otro medio para penetrar en esos lugares del polo, que seguir el curso del rio, ó por mejor decir, subirle. El rio de Tornea que se divide en muchos brazos, se reúne despues en una corriente única que se ensancha desmesuradamente. La poca profundidad de estos charcos de agua sin movimiento, indica lo llano del terreno, la igualdad ya sensible del polo glacial.

Algunas chozas esparcidas á la falda de las colinas, iluminadas con colores desconocidos de nuestros climas, aumentan la tristeza de estos sitios. Por eso hay abundancia de aves acuáticas en esas lagunas silvestres; todos los pequeños promontorios parecen animados con la agitacion de las aves que los cubren; pero bien luego desaparece esa calma y se entra en la region de las cataratas.

Las cataratas que se encuentran á cada paso en los rios de la Laponia son largas pendientes que duran á veces tres leguas sin interrupcion, y sobre las cuales se desliza con violencia la inmensa masa de agua de esos torrentes gigantescos. Solo un medio hay para subirlos, que consiste en aligerar los barcos y tirarlos con cuerdas ya en medio de la corriente, ya sobre las rocas de las orillas. Son increíbles los esfuerzos que hacen los

barqueros con sus largos garfios, para vencer la resistencia de la corriente y evitar los escollos.

Los fineses son altos, hermosos y fuertes, y cuando se deciden á salir de ese estado de letargo magnético en que el clima les sumerge, saben soportar mejor que otros el cansancio y los ejercicios violentos. Son navegantes muy hábiles y atrevidos hasta la temeridad cuando navegan río abajo. Sus barcos son estrechos y largos, y además tienen la proa muy alta en punta para abrir bien el agua. Largos de diez y ocho á veinte piés con tres de ancho, son sumamente ligeras, y de un trabajo excelente, aunque sencillo.

Despues de la catarata de Kattila, se llega á la grande catarata de Gien-Paika, que quiere decir, la cascada del Viejo del torrente, y que es una de las mas largas y pendientes. El rio cambia aquí de nombre separándose de un torrente que tiene su origen á la izquierda en los lagos de Kengis; en vez del Torneo es el Muonio-Elv.

Encima de las altas piedras que encajonan el rio hay espesos bosques de verdes árboles. Los bancos de roca sobre los cuales se desliza esa masa de agua gigantesca presenta á cada instante defectuosidades de terreno, puntas que asoman por la superficie, ó que se quedan á flor de agua, y planos inclinados que forman cascadas, reflejos y terribles torbellinos.

En medio de esas rápidas corrientes se encuentran de súbito esas ligeras embarcaciones que brincan sobre las ondas, se sumergen, y vuelven á presentarse alternativamente. Un hombre hay en aquella comarca muy notable en su oficio de barquero; se llama Carl Rigina. Se pone en pié á la popa de su embarcacion que dirige con un remo corto que le sirve de timon; con los ojos fijos hacia adelante no tiene mas que un pensamiento, que es el de evitar las rocas ya visibles, ya ocultas, contra las cuales puede hacerse pedazos la barca en un segundo. Cuando la barca sigue la corriente camina con tal velocidad, que yo me acuerdo de haber andado una legua en tres ó cuatro minutos. Despues de haber atravesado así ese paso horroroso, fui á colocarme sobre una roca elevada mientras Carl volvía á buscar nuestros equipajes. Bien luego volvió á presentarse en medio de las aguas alborotadas, en pié y fumando para hacer ver lo poco que le asustaba aquel peligro. La catarata de Gien-Paika es tan peligrosa, que la milla se paga triple; todos los habitantes del país que quieren bajarla se dirigen siempre á Carl Rigina.

Ya era bien tarde cuando llegamos á la aldea de Muonionisko, compuesta de una docena de chozas de madera y de una iglesia, y que es por decirlo así, la última que se encuentra en la Laponia. Una vez que estuviéron secos mis vestidos, salí de mi habitacion para explorar las cercanías de la aldea, y pasando por la orilla del rio, me situé en la aldea donde se eleva la iglesia de Muonionisko, desde cuyo punto se domina todo aquel contorno, y desde el cual se puede admirar el majestuoso espectáculo del sol de media noche.

En frente de mí se extendia el vasto receptáculo que forma el Muonio; los islotes de yerbas floridas, en semicírculo, que hay allí, dan un aspecto singular á esta vista; luego, sobre la otra ribera, se eleva la cordillera azulada del monte Pallas que forma la perspectiva.

Eran las once y la noche estaba magnífica. El sol derramaba el brillo de su disco sin color y sin rayos sobre el cristal de las aguas, que le reflejaba con el cielo todo. Las vaquitas laponas, blancas ó de color café con leche arrodilladas sobre la yerba y con los ojos abiertos, parecia que suspendian su comida para contemplar aquel sol que á tales horas, no cansa ya sus ojos delicados, acostumbrados á tan largas noches. Las colinas cubiertas de vegetacion se destacaban sombrías en el horizonte, y se hundian en las aguas con reflejos de una pureza extraordinaria. Por último, á las doce, el sol pareció detenerse á algunos piés sobre la cordillera, y desde aquel momento se acabaron todos sus resplandores; quedaba un globo mas oscuro, ó por mejor decir, mas brillante que el océano de oro en el que descansaba como un globo majestuoso que deja de ser agitado por el viento. Bandas de púrpura que anunciaban la aurora ó el sol en el ocaso en otros climas, esparcian una tinta general color de rosa y celeste sobre todo aquel paisaje de cielo y agua. Poco á poco inmensas nubes negras se adelantaron por todas partes, lanzando sus sombras por los cielos, como para dar mas brillo á los puntos que quedaban claros.

Entonces noté una calma extraordinaria; la brisa de la noche no soplabá ya; ninguna hoja se movía en los árboles, no se oía un grito ni un vuelo de pájaro en el espacio. La tierra entera dormía; era la primera vez que veía confundidos el crepúsculo y la aurora; era la mañana de un día que debía durar muchos meses.

Al dia siguiente continuamos nuestro camino; ya por medio de las cataratas, ya á pié en pantanos profundos y siempre atormentados por nubes de mosquitos, cuyas terribles picaduras no pueden evitarse sino cubriéndose la cara y las manos.

Habíamos pasado ya Karrasuvando, centro de la Laponia sin encontrar un solo lapon, y sin embargo debían estar cerca, pues todos los dias encontrábamos señales de sus campamentos. Allí resolvimos en vez de seguir el camino de Kantokeino, descrito ya por el viajero Acerby, marchar mas á la izquierda subiendo el rio Kongarno; atravesar la cordillera de los Alpes escandinavos por la garganta de Lapa, y bajar en fin al golfo de Lyngen, para ir de allí por las costas del mar Glacial, hasta el cabo Norte. Ese lado del Lapmarken, ménos llano que el otro á causa de su posicion geográfica, debía ofrecer sitios mejores, pero nos decidimos á

tomarle, por la circunstancia de pasar por un camino enteramente nuevo y desconocido hasta el día. Voy á pasar rápidamente sobre los pormenores de mi viaje para llegar á las descripciones mas importantes.

Aquí el país ha cambiado enteramente de aspecto; ya se acabaron las habitaciones, todo es soledad; espacios cubiertos de musgo blanco ó de enredaderas, forman á veces espesos bosques de algunas pulgadas de altura, y se encuentran tambien inmensas charcas de agua estancada, interrumpidas por lenguas de verdura, ó por una roca pelada, sobre la cual descansa siempre algun halcon de Islandia. Estos desiertos de agua componen paisajes de una hermosura singular, desconocido de las otras regiones.

Al cabo de varios dias de marcha atravesando estanques, pantanos ó cataratas, sin otro alimento que el de los patos y salmones que podiamos coger, en una palabra, despues de mil privaciones y fatigas, distinguimos en las orillas del lago



Un camino en la Laponia. — Las cataratas.

Nuimacka, dos cabañas habitadas por una familia lapona, establecida allí con su rebaño de renghiferos y que se dedicaba á la pesca. Las cabañas laponas, altas de seis á siete piés con unos quince de anchura por abajo, se construyen con troncos de álamo, y se cubren con ramas, yerba y aun pedazos de tela; tienen la forma de un cono abierto por arriba para dejar salir el humo. A pesar de que son pequeñas, se albergan en ellas familias dilatadas.

La necesidad en que se encuentran de cambiar de lugar cada vez que se acaba el musgo con que se alimentan sus renghiferos, ó cuando escasea la pesca, hace que tengan tan poco cuidado con sus construcciones, que elevan fácilmente en cualquier sitio, y que abandonan sin sentimiento, pues aun los pueblos menos inteligentes saben construirse un abrigo mejor que el de los lapones. Por necesidad constituyen un pueblo errante. Los lapones no son tampoco esa raza tan diminuta descrita por los antiguos viajeros; el comer-



Un camino en la Laponia. — Trajes y cabañas de los Lapones.

cio, que les ha puesto en relacion con los fineses y los noruegos, descendientes de esa hermosa raza del Norte tan alta y tan fuerte, ha cambiado el tipo primitivo, mediante los matrimonios. Sin embargo, generalmente son rechonchos y morenos, y presentan el carácter mongol, de cuya raza descienden segun se cree. Cuando se esparcieron los pueblos del Asia sobre la Europa, fueron sin duda rechazados hasta esos desiertos, donde buscaron la tranquilidad antes que las comodidades.

Su traje, de lana blanca ó azul, lleva mil adornos de bordados y de galones rojos, amarillos ó verdes. El pantalon de igual tela que el vestido, va sujeto con cuerdas sobre el calzado de piel de renghifero; llevan el pelo bastante largo, y á veces es difícil distinguir á los hombres de las mujeres, tan parecidos son en el rostro y en el traje. Embrutecidos por la severidad del clima, por la soledad y la miseria en que viven, son por lo comun muy feos, y además

los destruye antes de tiempo el vicio de la borrachera importado por los comerciantes que los engañan con aguardiente para llevarles sus pieles preciosas y sus re-



Un camino en la Laponia. — Los lagos helados.

baños de renghiferos. Cuanto mas avanzabamos mas frio hacia, y á pesar del sol resplandeciente, la nieve cubria la orilla de los lagos. Grandes témpanos flotantes estorbaban la navegacion, y aunque nos hallaba-

mos en el mes de julio, nada anunciaba aquí la primavera. A esa altura sobre el polo, toda verdura ha desaparecido, y los árboles enanos y raquíticos que se suelen encontrar, están tan secos como en el corazon del invierno. A cada instante descubrimos las huellas del paso de los lapones y de sus rebaños huyendo hácia la mar Glacial.

Nos hallabamos á la entrada del gran lago Kilpis-Jaure, cerrado por todas partes, excepto de nuestro lado, por la alta cordillera escandinavia. Allí se paró nuestro guia, diciéndonos que no pasaria adelante porque era la época del deshielo y se corria peligro.

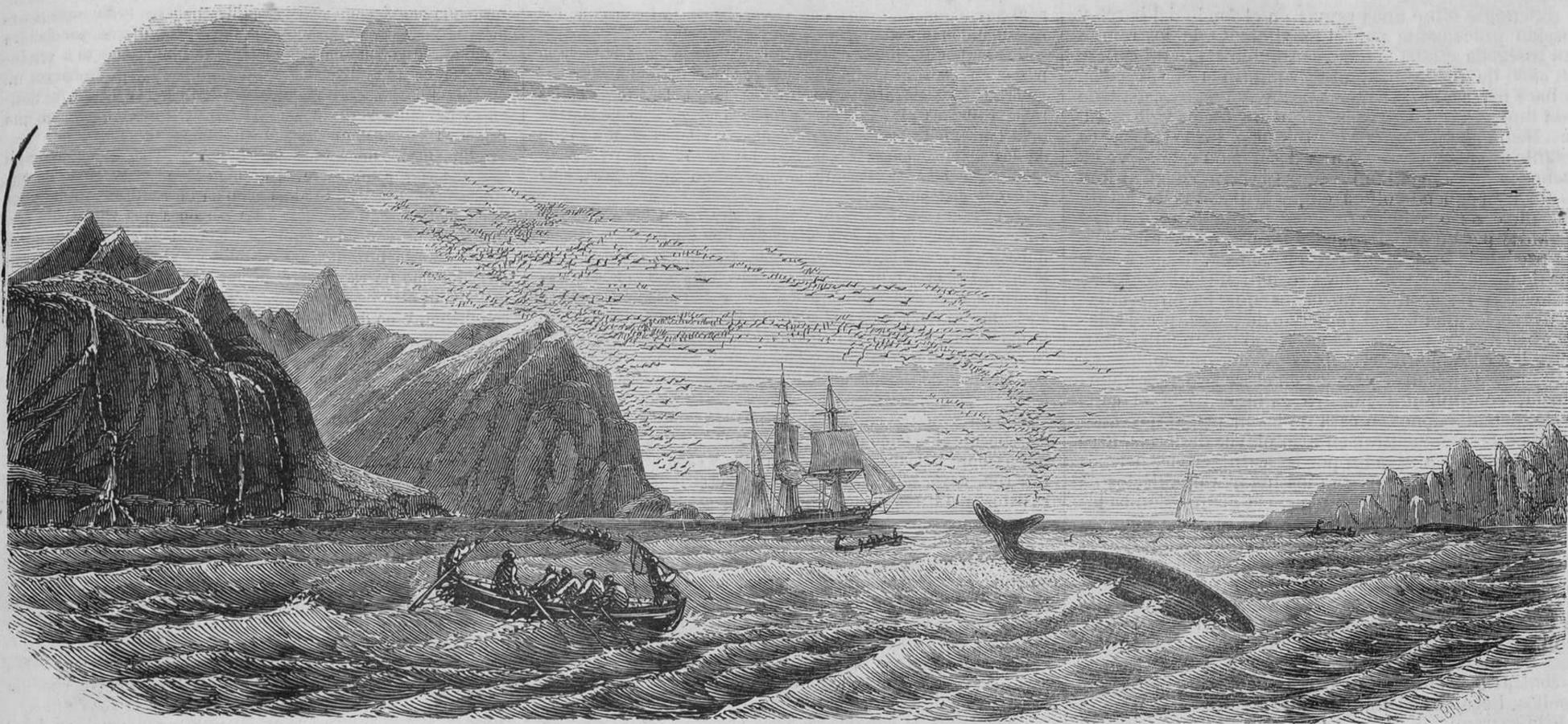
Sin embargo vencimos sus escrúpulos con algun dinero, y decididos á marchar hasta la mar Glacial, entramos en el Kilpis, que entonces se hallaba helado todavía en su mayor parte. Este valle, donde se desarrolla la historia entera de la transformacion de las montañas, es el centro de atraccion, el receptáculo comun de todas las nieves de las cúspides cercanas. Las agujas que le coronan proclaman en efecto con su blancura, de donde vino un tributo de tanta agua. El

lago, el sitio desolado en que reposa, el conjunto de hielos en todas formas y colores que se eleva en desorden á su superficie; las murallas escarpadas, desnudas y abiertas que le encajonan; el pico de *Parras* tan bien cortado que le domina, en una palabra, el conjunto de ese desierto imponente admira y asombra.

Nosotros sin embargo vogabamos por un senderillo líquido, entre dos murallas de hielos; el canal se estre-

chaba cada vez mas, y los grandes témpanos que se alzaban por ambos lados nos impedían seguir adelante. El calor, bastante fuerte, hacia que se desprendieran á cada instante murallas enteras de hielo que rodaban estrepitosamente. Estabamos en medio de la nieve, bajo un cielo de nieve. Tuvimos pues que abandonar las barcas y dejar los equipajes sobre los hielos. Entónces supimos que una cuadrilla de lapones con sus

rengíferos y sus trineos estaban acampados en una garganta vecina, á un cuarto de milla, y despachamos uno de nuestros hombres á fin de pedirles socorro porque la fatiga nos abrumaba para atravesar sin cansarnos aquella inmensa llanura helada, pues era sumamente importante que conserváramos todas nuestras fuerzas para atravesar la cordillera de seis á siete mil piés de altura que nos separaba de la mar Glacial.



Un camino en la Laponia. — Las aves y las ballenas.

Bien luego llegaron, y al punto nos pusimos en marcha, unos á pié, y otros en unos barquichuelos que sirven de trineos; y que en lengua laponia llaman *pulke*. Mucho hábito se necesita para sostenerse en esos barquichuelos, contruidos para caminar sobre el hielo y la nieve. Su quilla cortante por abajo, su extremada ligereza, la rapidez con que el rengífero los arrastra por medio de todos los obstáculos, producen vuelcos ince-

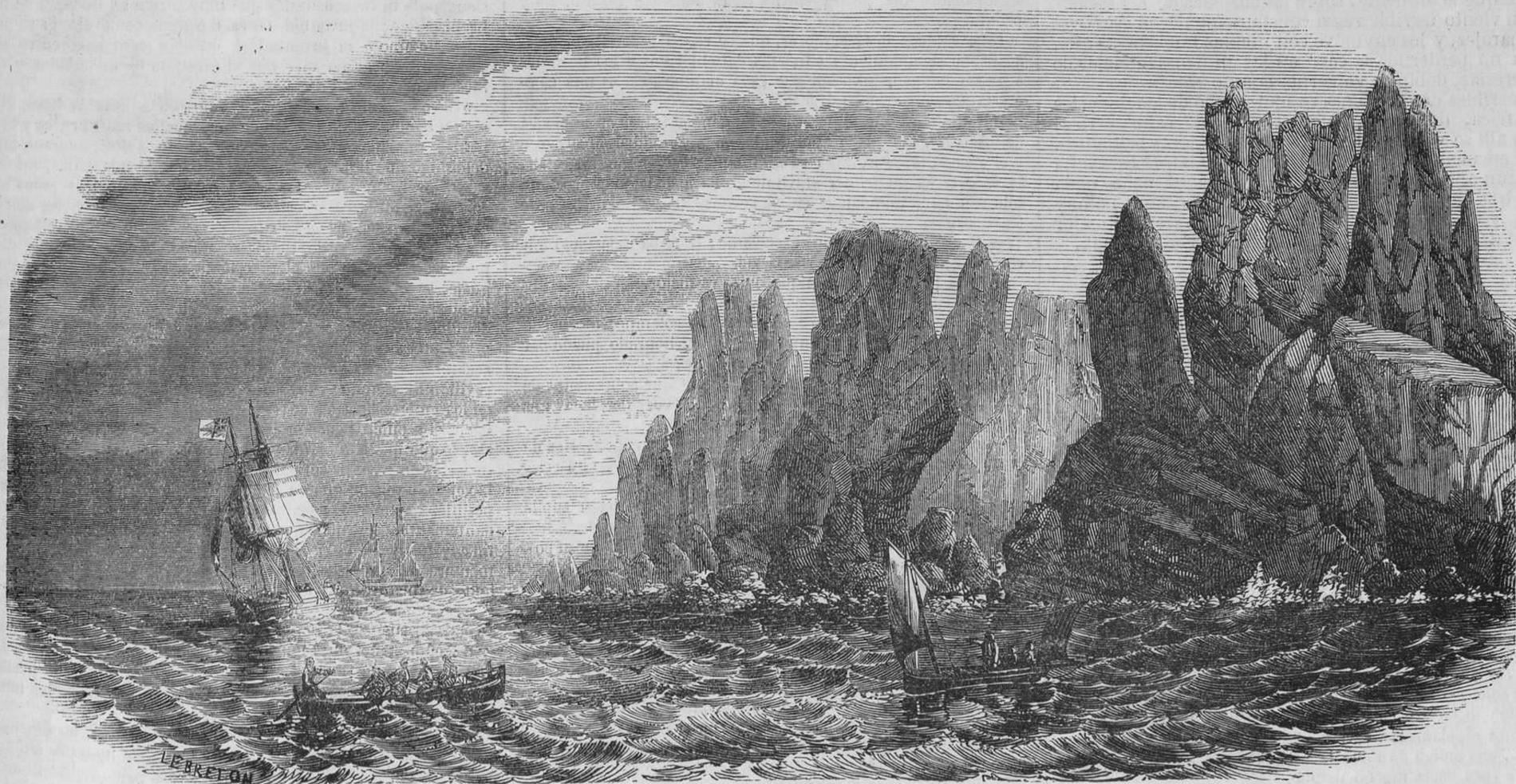
santes. Los rengíferos son muy ligeros, y cuando no tienen que llevar mas que á una persona estando la nieve firme y lisa, se diría que vuelan; andan seis leguas por hora, y pueden correr durante siete ú ocho horas.

Los lapones con sus patines largos de seis piés iban sobre el hielo tan ligeros como nosotros.

Atravesando el primer lago, se entra en otro cuyo

extremo parece muy lejano, por el efecto de los vapores ambientes que circulan sobre los hielos. Por último, al cabo de quince horas de marcha por las calles de cristal del hermoso lago *Kilpis-Jaure* llegamos á su extremo, nos hallabamos bajo el 70° de latitud.

Allí principiamos la ascension de las cuestras blancas y heladas que se alzaban delante de nosotros. Nuestro guia dirigía la marcha hácia el pico de *Parras*, como



Un camino en la Laponia. — El cabo Norte.

truncado que se eleva atrevidamente sobre todos los demás picos. Muy largo seria de contar todo lo que sufrimos para llegar al puerto elevado ó *Cuello de Lapa*; bástenos decir que tuvimos que atravesar diez ó doce torrentes furiosos metiéndonos hasta la cintura en el agua helada, y que todo lo demás del tiempo marchábamos sobre nieves blandas ó pantanos profundos, perseguidos y devorados por los terribles místicos.

Hácia las cúspides se encuentran lagos helados, con anchas grietas que hacen muy difícil su travesía. Por fin, despues de muchas penas llegamos al cuello de *Lapa*, de formas cuadradas y regulares. Eran las doce de la noche, y el sol, revistiendo de oro y de púrpura aquellas rocas y aquellos hielos, aumentaba mas aun la magnificencia del cuadro. Despues de un instante de reposo, subimos á la última altura, y desde allí descu-

brimos en el fondo de un golfo, imposible de describir por su aspecto extraordinario, la mar Glacial, que encerrada de esa manera, se parecia al agua que se ve en el fondo de un pozo. Era el principio del golfo de *Lyn-gen*, hácia el cual íbamos á bajar.

Rápidamente nos deslizamos sobre las primeras cuestras cubiertas de nieve; pero pronto desaparecieron y se mostraron los musgos y las enredaderas de la segunda

region, á los que sucedió despues una vegetacion soberbia. Altos y frondosos helechos, brezos con florecillas de un rojo oscuro, pensamientos amarillos y otras plantas embellecian aquel valle fértil que, saliendo de los desiertos de la Laponia, nos pareció un vergel hermosísimo.

Despues de haber atravesado un bosque de fresnos y más de un torrente de una excesiva violencia, llegamos á las orillas del golfo rendidos de cansancio, y allí nos arrojamos en la barca que debía conducirnos á una habitacion próxima.

Extendido sobre unas ramas en el fondo del barco y mecido únicamente por el movimiento de los remos, tan sosegada estaba la mar, distinguia sobre mi cabeza un cielo de fuego, brillante y sombrío á la vez, como le hace parecer el sol á media noche, y luego á cada lado veia inmensas murallas cubiertas de hielos y de cascadas. Medio aletargado por el cansancio, todo esto pasaba delante de mis ojos como una decoracion que se ve en sueños; al cabo de algunas horas la barca llegó al fondo de un pequeño golfo á cuyas orillas se elevaba un elegante caserío rodeado de árboles y de flores. Fuimos recibidos por un caballero de unos cincuenta años que nos prodigó la hospitalidad mas ostentosa. Despues supe que de distancia en distancia se hallan establecidos en esas costas negociantes noruegos que hacen prontamente su fortuna con el comercio de pieles, peces salados, ballenas y pájaros. El prestigio de que disfrutaban entre la gente pobre del país es extraordinario.

Despues de dos dias pasados en el reposo y la abundancia, continuamos nuestro camino hacia el cabo Norte, deteniendonos en casa de los principales comerciantes que se encuentran en esas playas desiertas. Esos golfos estrechos, abrigados por rocas inmensas, hermosos en forma y en color, son los lugares predilectos de las aves y los peces. Con frecuencia distinguimos los chorros de agua de las ballenas y sus negros espinazos donde navegan las aves pescadoras que saben que la ballena no sale de ese modo á la superficie sino cuando persigue los bancos de arenques ó de sardinias.

Tres dias permanecimos en *Hammesfest*, pueblecillo de treinta ó cuarenta casas; próximo al cabo Norte, es el último centro habitado en las regiones árticas. Despues de una lucha penosa, pues el viento casi siempre es contrario, y empuja las barcas hacia esos peligrosos escollos, llegamos en frente del cabo Norte.

Esta extremidad de la tierra se halla formada por tres ó cuatro picos de rocas, de una estructura imponente. El dibujo exacto que ponemos aquí dará una idea de esas altas rocas que parecen, por decirlo así, llamas petrificadas saliendo de las olas.

Una pequeña ensenada nos sirvió de refugio, y despues de haber levantado la tienda al abrigo de unas rocas, principiamos á subir en medio de un verdadero caos hacia la cúspide de la montaña. Pronto nos encontramos con una estrecha garganta, y luego inclinándonos á la derecha, seguimos los bordes escarpados de un embudo de rocas partidas, en cuyo fondo duerme un pequeño lago, y por allí llegamos, subiendo el torrente que le alimenta, sobre las cúspides de las rocas.

Un viento terrible reina constantemente en esos tristes parajes, y los envuelve con nieblas tan espesas que, para no perdernos ó caer en las inmensas grietas de las crestas, debimos volvernos cuanto antes.

Horribles descripciones se han hecho de los desiertos de Africa, donde se muere de sed y de calor, pero al cabo allí se ve el cielo y la tierra con colores brillantes, y se encuentra de cuando en cuando alguna caravana ó algun abrigo en una tienda; pero aquí nada, nada mas que el viento, las piedras y la niebla; aquí no hay vida, y en ninguna parte se puede comprender mejor el fin del mundo, la tierra inhabitable y deshabitada.

Revista de Paris.

Quisieramos conservar á la historia sencilla que llenará esta vez nuestro cuadro semanal la sencilla expresion con que el viernes último llegó á nuestros oídos; una mujer es la que habla; ojalá que nuestra pluma logre reproducir, en lo posible, su acento, su naturalidad y la gracia en los pormenores, que es quizá el mérito principal de esta narracion histórica.

Hay en el pueblecillo de Montmorency, dice la narradora, sitios de sombra y de misterio, apenas conocidos de los turbulentos parisienses que acuden allí los domingos á merendar y á pasearse por el bosque. Dias pasados me ocurrió pasar una tarde en esos retiros donde el autor de la *Nueva Heloisa* pasó tantos dias, y en efecto, despues de haber dejado el vapor en Enghien, atravesé la distancia que me separaba de Montmorency, y ya iba á internarme en el bosque, cuando un grito alegre salió del interior de una bonita casa; una encantadora aparicion se mostró en lo alto de la puerta, bajo la escalerilla de piedra rápidamente, y vino á caer en mis brazos: era Rosa de X..., una amiga de infancia y de colegio á quien habia perdido de vista hacia mucho tiempo.

Rosa me hizo entrar en un saloncito campestre adornado con gusto y elegancia; un piano y un caballete de pintar que habia en él, probaban que mi amiga Rosa daba á las artes las horas que otras sacrifican á la ociosidad y á los placeres. Yo solo sabia de su familia que la madre habia muerto, y la hablé de su padre; pero sus ojos que se llenaron de lágrimas me anunciaron que la pobre jóven se habia quedado huérfana.

— ¿Pues con quién vives aquí, Rosa? le pregunté.

— Me he casado, me respondió tímidamente.

— ¿Estás casada! ¿Y quién es el afortunado que ha sabido agradarte?

Rosa titubeó un instante, y al cabo respondió á media voz:

— El baron de N...

— No sabia que tuviera hijos, la respondí.

Rosa se sonrojó, y me dijo sonriendo:

— Me he casado con él mismo.

— ¿De veras? ¿te has casado con aquel antiguo amigo de tu padre?

— Sí por cierto.

— ¡Ah, querida amiga! la dije yo tomándola sus manos; aquí hay algun misterio; cuéntame, pues, la historia de ese matrimonio tan extraño.

Nos sentamos ambas en un sofá colocado en frente de la puerta que daba al jardin de la casa; era cerca del anochecer, la brisa nos traía al pasar sobre las flores el perfume de las rosas y de los claveles; nada turbaba el silencio de aquella hora tan propicia para las confidencias, sino es el murmullo de los álamos, cuyas hojas agitadas por el viento parecían acompañar armoniosamente la voz de mi amiga Rosa, que principió diciendo:

— Ya sabes cuanto queria á mi madre mi pobre padre; su amor rayaba en la idolatría, y así fué que no pudo consolarse nunca de su pérdida. Doblegado con el dolor, su salud se quebrantó hasta el punto que los médicos temiendo por su vida, le aconsejaron que cambiara de aire y de país, pero nada se adelantó con esto, y mi padre volvió de Suiza mucho mas enfermo de lo que se habia ido. Huyendo del ruido de Paris y de su movimiento que mi padre aborrecia, tomamos una casa en las cercanías del bosque de Boulogne, donde vivimos retirados largo tiempo.

Solo un hombre, amigo fiel de nuestra familia, emprendia diariamente el camino de nuestra vivienda; todos los dias á la misma hora llamaba á nuestra puerta, y cada vez le recibiamos con mayor alegría. Excusado será decirte que este sugeto se llamaba el baron de N..., hombre que me habia visto nacer, y que me queria entrañablemente.

Hoy que soy mujer, y que el hábito de verle habria debido debilitar en mí ciertos recuerdos, no puedo acordarme, sin enternecerme, de su larga perseverancia en las atenciones que prodigaba á mi pobre padre; siempre estaba de un humor igual para soportar los caprichos del enfermo; á mí me consolaba, me animaba, me ayudaba con sus buenos consejos, y en todo el tiempo que duró la cruel enfermedad de mi padre, sus cuidados, su cariño, sus solícitos desvelos no se desmintieron jamás un solo instante.

Sin embargo, la enfermedad hacia progresos espantosos; los médicos no respondian ya de nada, estabamos á la entrada del invierno, y las últimas hojas debian llevarse mis últimas esperanzas.

Mi buen padre á medida que veía la proximidad de la muerte, me prodigaba mayores caricias; sobre todo mi porvenir le causaba las mas vivas inquietudes, y la idea de dejarme sola en el mundo le desesperaba en sus últimos momentos. Cuando queria yo tranquilizarle y ahuyentar esas ideas funebres, el pobre enfermo ocultaba su pálida frente en sus manos descarnadas, esforzándose por disimular un dolor que le hacia verter lágrimas de amargura.

— Rosa, me decía con una voz ahogada, quisiera vivir por tí; tu madre me pedirá cuenta de tu felicidad pronto, muy pronto...

Estas escenas desgarradoras, que se repetian con frecuencia, acababan de aniquilar las fuerzas del enfermo, y así llegamos á ese momento terrible en que cada dia que pasa es una conquista que arrancamos á la muerte.

Durante ese triste período, una mañana al entrar en la alcoba de mi padre, me quedé atónita al ver la serenidad de sus ojos y el sosiego que respiraba su semblante; parecióme que estaba salvado, y en mi primer movimiento de alegría, me precipité sobre su cama inundando su venerable cabeza de besos y de lágrimas.

— Padre mio, padre mio, exclamé; Dios ha escuchado mis ruegos... y le ha vuelto á Vd. la vida...

— O la paz, hija mia, lo que quizá es mejor.

Yo no comprendia estas palabras.

— Rosa, añadió mi padre con una voz solemne; morir con valor es el último ejemplo que un hombre honrado puede dar al mundo; ¿quieres ayudarme á cumplirle?

Habia tanta gravedad en estas palabras, que sobrecogida de un respeto temeroso, miré á mi padre sin poder desplegar mis labios para responderle.

— Hija querida, nunca te causé la menor pena... Haz de modo que muera con la resignacion y la esperanza de un cristiano.

La voz de mi padre habia tomado una entonacion suplicante; yo me sentí enternecida hasta el fondo del alma.

— Mi existencia es de Vd., le dije, ¿qué exige Vd. de su pobre hija?

Mi padre tomó una cartera que tenia debajo de la almohada, sacó de ella una carta, me la dió, y estrechando mis manos en las suyas con las pocas fuerzas que le quedaban, me dijo:

— Júrame que mirarás la peticion que contiene esta carta como el último deseo de mi corazón, como la última de mis voluntades.

— Juro sobre la tumba de mi madre que le obedeceré á Vd. sin restriccion, exclamé conmovida hasta el fondo del alma.

— Gracias, Dios mio, gracias, murmuró mi padre; ahora disponed de mí... espero la muerte.

No tuvo que esperar mucho el desgraciado; en la tarde de aquel mismo dia mi padre murió sin dolor, despues de haberme bendecido. Mi nombre fué la última palabra que salió de su boca. ¡Cuánto no debí á la amistad del baron en tan tristes momentos!...

Despues de haberme dejado pasar la noche entera velando el cadáver de mi padre, el baron temiendo que la horrible pena que me devoraba llegase á quebrantar seriamente mi salud, exigió que volviese á Paris al otro dia á casa de una familia de amigos.

Allí fué donde recogida y en el silencio de mi amargo dolor abrí la carta que me habia entregado mi padre.

Rosa interrumpió su historia, se levantó, abrió un escritorio, y sacando de él una carta que se conocia habia sido leida muchas veces, me la dió diciéndome:

— Aquí está mi tesoro y el secreto de mi felicidad; lee esta carta, amiga mia.

La carta estaba firmada por el baron de N..., y decia lo siguiente:

« Mi querida Rosa:

» De rodillas deberia implorar mi perdon por el acto temerario que voy á cometer, de rodillas deberia pedir misericordia á la mas jóven y hermosa de todas las mujeres, por la idea insensata que guia en este instante la pluma que va á ser intérprete de mis atrevidos sentimientos. Y sin embargo, mi querida Rosa, para obtener el perdon de esta locura, el antiguo y fiel amigo de tu familia no tiene mas que decir una palabra: — Rosa, obedezco á tu padre.

» Sí, amada mia, tu padre quiere y exige que me des tu mano. Si no te conociera, si no me hallara convencido de que jamás puede nacer en tu alma cándida un sentimiento de burla despreciativa, con respecto á las personas que se honran con tu estimacion, concluiria aquí esta carta ante la sonrisa que quizá asoma en este instante á tus labios de virgen; pero la jóven que pretendo no es pueril y ménos vanidosa, y esa sonrisa á que aludo, caso de que exista, será una sonrisa de bondad y de compasion, y no de malicia y de ironía. Además, la jóven con quien hablo, se dirá que el hombre á quien siempre ha respetado, en quien nunca ha podido descubrir caprichos ni flaquezas, debe estar bien poseído del deseo de llenar todos los deberes de la amistad, para exponerse á recibir una negativa.

» Si, querida Rosa, solo por esa amistad á la que he consagrado la mayor parte de mi vida, me decido á llevar á cabo la accion mas valerosa para un hombre de corazón y de vergüenza, esto es, me decido á cargar con el ridículo que en nuestra sociedad recae sobre todo viejo que se casa con una mujer jóven; pero ¿qué es el ridículo comparado con la tranquilidad de la conciencia, y qué importan los dichos de la gente comparados con el sentimiento de un deber cumplido, y con el último deseo de un moribundo? Tanta diferencia hay en eso, como entre el ruido y el silencio, entre la paz y la guerra, y á mi modo de ver, nada es comparable en este mundo con la paz y con el silencio.

» Tal es el punto que propongo á tu reflexion, pues debes consultar detenidamente tu conciencia en la grave cuestion que te someto; y luego, cuando hayas oído la voz de tu conciencia, cuando ella te haya dictado la conducta que debes seguir, cuando te haya dicho hasta donde deben llegar los sacrificios que puede hacer una jóven al autor de sus dias, entonces, querida Rosa, consulta tu corazón, y mira si ha hallado en el mio ternura, consuelo y simpatía!

» Solo poniendo en movimiento esas fibras delicadas, trataré de conducirte á llenar los deseos de tu padre, no digo los míos, porque nunca me atreveria á descansar en tan dulces ilusiones; solo dándote pruebas irrecusables de mi cariño ilimitado trataré de vencer tu repugnancia en unir tu destino con el de un hombre que se halla al borde del sepulcro. No te hablaré de lo peligroso que puede ser para tí el confiar tu felicidad á un jóven cualquiera enamorado de tus encantos, apasionado de tu hermosura, y que muy luego se olvidará de tus hechizos, no; la juventud no es tan mala como dicen; yo por mi parte amo á la juventud, y quisiera contarme entre sus filas para apoyar en ella hoy el prestigio de mi nombre y de mi fortuna.

» Léjos de mí la pretension de agradarte, querida Rosa, como en aquellos tiempos en que mis cabellos eran negros y brillantes, mis ojos vivos y animados; solo te diré, adorada hija del amigo que lloro todavia, que á pesar de mis canas, mi corazón jóven aun latirá con el tuyo cada vez que le pidas socorro; que ofrecerá consuelos á todas tus penas, vivirá alegre con tus alegrías, triste con tu tristeza, será como el reflejo de tus sentimientos y de tus deseos; eco del tuyo, siempre dispuesto á repetir lo que el tuyo le diga, hablará tu mismo lenguaje, y lo que el frio de los años le impida concebir, se lo inspirará tu juventud y tus gracias. Dios, mi querida Rosa, ha dividido la existencia de la criatura en dos períodos: la fuerza y la flaqueza: la primera le infunde alientos para las grandes acciones, le hace emprender las obras sorprendentes que maravillan al mundo; este es el brillante período de la gloria y de los amores apasionados y fogosos; la otra le sirve de guía hacia el sepulcro; mas oscura, esta no pide coronas ni alabanzas, lo que necesita es un poco de amor para sostener su paso incierto, un rayo de sol para calentar sus miembros debiles. En la vejez, lo mismo que en la juventud, la vida sin amor es imposible, y por eso nosotros los viejos recompensamos abundantemente á los que nos quieren. Bajo este concepto, hija mia, y una vez en el goce de todas mis ternuras, ¿no experimentarás algun orgullo con las felicidades que sembraras delante de mis últimos años?

» No temas que celoso ó egoista quiera ocultar mi tesoro, y apagar en silencio la llama de tu inteligencia tan vivificadora, tan fecunda; no, no; seguro de tí, quiero que seas conocida de todos, quiero que en todas partes seas la heroína de la fiesta, así como debe serlo la mas bella y virtuosa de todas las mujeres.

» Cuando puedo olvidar un instante, amada Rosa, los muchos obstáculos que nos separan, y puedo aislar mi imaginacion de todas las buenas razones que te asisten para rechazar mis ofrecimientos, me siento sobrecogido de un sentimiento delicioso, cuya extension me espanta pensando que quizá se aproxima la hora en que te habré dado el derecho de pedirme cuenta de todos los instantes de tu vida que no sean dichosos. ¡Ah! querida Rosa, te pido una absolucion adelantada por las penas que puedas sentir; tu felicidad será mi obra maestra, y á ella me consagraré con el ardor de un artista dedicado á un trabajo del que depende toda su gloria. Mi estudio será amarte, protegerte, admirarte, espiar tus deseos, dejarte en libertad de seguir tus gustos y tus hábitos; pero en cambio, mi querida

Rosa, árame como amabas á tu padre, cuyo puesto me propongo ocupar á tu lado, con la única diferencia de un cambio de nombre; no tengas ningun secreto para tu anciano amigo, pues yo sé comprender una por una todas las inspiraciones de la existencia, y si miéntras dura la que debemos pasar juntos atravesara por tu corazón un sentimiento involuntario; si una voz extraña te hiciera estremecer un momento, ven, llena de confianza, á depositar en mi seno esa luz fugitiva que, á pesar de toda mi ternura, quizá no habré sabido encender en tu alma; el verdadero cariño tiene remedios para todos los males, el pensamiento se calma en la confianza, y mucho se fortifica un corazón cuando cuenta con el apoyo de otro.

« Adios, querida Rosa; adios hermosa flor qua he visto nacer; eres la flor de la esperanza. »

— Ahora comprendo que no hayas vacilado, amiga mia... pero dime, es verdad que lo que contiene esta carta...

— Todo ha salido cierto, exclamó Rosa interrumpiéndome, ¡y soy la mas dichosa de todas las mujeres!...

Aquí termina la historia; la que nos la contaba añadió en forma de conclusion estas palabras:

— ¡Es la primera vez de mi vida que he oido decir otro tanto!

MARIANO URRABIETA.

TEATRO LATINO (1).

Estudios sobre Plauto.

Anfitrión y los Menechmos son, como hemos dicho, comedias, y tienen en sí mas de un punto de semejanza. La intriga de la fábula nace en las dos de una misma causa, y se apoya en un mismo recurso cómico á saber: la semejanza idéntica y absoluta de dos ó mas personajes entre sí, y las equivocaciones á que ella da lugar en las relaciones de estos con las demás personas que figuran en la accion. Esta completa semejanza de dos ó mas personas, en que se apoya el argumento de las dos comedias de Plauto, es si se quiere inverosímil, aunque no imposible, pues nada tendria de nuevo ni de maravilloso que dos hermanos gemelos como los Menechmos se parecieran, aunque si es mas difícil que la esposa, la querida y el esclavo del uno de ellos, acostumbrados á tratarle, le equivoquen á uno con el otro hermano, á quien no han visto en su vida, y que acaba de desembarcar en aquel momento. En Anfitrión, por el contrario; la semejanza y las equivocaciones á que da lugar son mas maravillosas, es cierto, pero en cambio mas verosímiles que en los Menechmos, pues admitido como no podia ménos de admitirse por los romanos el poder sobrenatural de sus dioses, fácil les era á Júpiter y á Mercurio tomar aquel las formas de Anfitrión, y de su esclavo Sosia este, de tal manera que pudiesen engañar no solo á Alcumena, mujer de Anfitrión, sino hasta poner en el caso de dudar de sí mismo al general Tebano y hacerle exclamar: « ¡Dii immortales! *Mihimet non credo.* » Dioses inmortales, ya dudo de mí mismo. Plauto llama á su Anfitrión, tragi-comedia:

Faciám sit commista sit tragi-comédia; y da por razon que á una obra cuyos personajes son dioses y reyes, no puede decorosamente dársele el título de comedia:

Eram me perpetuo facere ut sit comédia Reges quo veniant et di, non par arbitror.

Otra razon todavía mas poderosa para nosotros, podia haber alegado el poeta á favor de su título, y es que en algunas escenas, especialmente en el cuarto acto, el diálogo y la situacion de los personajes se sale del tono de la comedia, y se acerca mucho al de la tragedia. La cólera y desesperacion de Anfitrión al verte en el cuarto acto suplantado por otro; que se ha hecho dueño de su palacio, de su esposa, y hasta de la gloria de haber vencido al Rey Tebano, tiene algunas veces mas de trágica que de cómica. Es ya tan pesada la burla, (permítasenos esta frase) que el gran Júpiter hace al general Tebano, que este excita mas bien compasion que risa; y por consiguiente es mas interesante que ridículo. Por otra parte el personaje de Alcumena no tiene nada de cómico: cuanto dice y hace es tierno, digno é interesante: su infidelidad involuntaria en vez de rebajarla, la eleva y le granjea las simpatías, al ver el casto amor que aquella pobre y débil mujer profesa á su marido burlado y profanado por la astucia, la fuerza y el poder de los dioses. En las situaciones embarazosas en que la pone su divino amante con respecto á su marido, cuando se ve acusada por este de infidelidad é interrogada con violencia, responde con una dignidad y elevacion que si no enteramente agenas de la comedia, pocas veces se ven en ella, y sobre todo en las de Plauto. Prueba de esta verdad es la escena última del acto segundo, y de la cual no podemos resistirnos á dar el siguiente trozo.

ALCUMENA.

Juro por el trono del gran Júpiter y por la casta Juno, madre de las familias, á quien debo temer y respetar, que ningun otro hombre mas que tú se ha acercado jamás á mi cuerpo para hacerme deshonesto.

ANFIRION.

¡Ojalá digas verdad!

(1) Aunque habiamos cerrado la serie de estos artículos con la advertencia de « conclusion » que pusimos al último, hemos recibido este que insertamos con gusto, como insertaríamos todos los que el autor, conocedor profundo de la literatura latina, tenga la bondad de remitirnos en adelante.

ALCUMENA.

Yo digo la verdad; pero de que me sirve decirlo si tú no quieres creerla?

ANFIRION.

Eres mujer y las mujeres jurais con osadía.

ALCUMENA.

La que no ha delinquido nunca, puede ser osada para defenderse, y hablar de sí misma con orgullo.

ANFIRION.

Tú tienes bastante.

ALCUMENA.

El que me da mi virtud.

ANFIRION.

Tus mismas palabras denotan tu orgullo.

ALCUMENA.

Yo no he creído jamás que las verdaderas dotes de una mujer, consistieran en lo que se llama su dote (1): mis verdaderas riquezas son á mis ojos, la castidad, el pudor, la calma de las pasiones, el temor de los dioses, la piedad filial, la concordia entre los parientes, la sumision á tus preceptos, ser buena para con los buenos, y útil á las personas honradas.»

Por ultimo, el desenlace de esta comedia, es decir todo cuanto pasa en el quinto acto, es maravilloso, sobrenatural, casi épico, y se despeja completamente del género cómico. En cambio es sumamente delicado y de buen gusto. Júpiter declara que Alcumena no ha sido infiel á su marido, sino cediendo á su omnipotencia y sobre todo á su engañosa semejanza con Anfitrión, salvando así la reputacion de su honesta esposa. Esta delicadeza es tanto mas digna de notarse, cuanto suele ser muy rara en Plauto y en todos los cómicos antiguos.

La intriga de esta pieza es excelente: baste decir para su elogio, que Molière la ha seguido paso á paso en su imitacion, conservando tambien todos los personajes que figuran en la comedia de Plauto, pero el gran genio del poeta francés ha sabido dar á las situaciones y á los personajes un colorido mas pronunciado y mayor efecto dramático, lo que hace de su imitacion una obra superior á la de su modelo.

Empieza el Anfitrión de Plauto, con un prólogo que Boileau preferia al que Molière puso tambien al suyo. No convenimos enteramente con la opinion del famoso crítico, pero dejando esto á un lado, es lo cierto que el prólogo de la comedia de Plauto es de los mejores de este autor, y sumamente curioso é interesante con respecto á las costumbres teatrales de los romanos. En él satiriza el autor por boca de Mercurio, las cábalas, las intrigas que se ponian en juego por los cómicos para conseguir el premio, la mala fe de los ediles al conferirselo; los aplausos pagados, etc. En fin, nuestras comisiones de aplausos, nuestras intrigas de bastidores, y nuestras pandillas literarias y artísticas. Tan semejantes son los hombres de todos los tiempos y de todos los países colocados en parecidas ó idénticas situaciones.

Al Anfitrión ha sido imitado ó traducido en casi todas las lenguas. El doctor Villalobos le dió á conocer en España por una traduccion en que á pesar del estado áspero y fragoso de Plauto, como él mismo dice, este poeta está muy bien entendido. Dolce en su comedia, titulada *il Marito*, la tradujo al italiano; Dríden hizo de ella una imitacion demasiado licenciosa, aun para el público inglés, nada escrupuloso por cierto, y por último en Francia Rotrou antes que Molière, hizo una traduccion en verso con el título de *Las dos Sosias*.

Concluirémos nuestras observaciones sobre esta comedia, con una reflexion filosófica que manifiesta bien las anomalías y contradicciones del corazón humano. Los mismos hombres que acudian reverentes al capitolio y ofrecian allí sacrificios al grande, al excelso Júpiter, aplaudian despues en el teatro una comedia llena de chanzonetas y burlas contra el primero de los dioses. Extraña mezcla de ciega fe y de incredulidad burlesca, de que hay tambien mas de un ejemplo en las farsas religiosas de la edad media.

Los *Menechmos*, es segun todas las probabilidades, la primera comedia de Plauto, que empezó su carrera dramática como otros muchos escritores, por una obra maestra. He aquí en pocas líneas su argumento. Un mercader siciliano, tenia dos hijos gemelos, de los cuales le robaron uno, y el padre murió del sentimiento. El abuelo paterno se encargó del niño que quedaba, el cual ya hecho hombre busea á su hermano perdido por todas partes, y por fin arriba á Epidamnia, donde este habiendo logrado hacer fortuna, se había establecido y casado. Todos los personajes que figuran en la comedia, toman al que acaba de desembarcar por el Menechmo que ellos conocen, y mujer, querida, parásito, suegro, esclavos y amigos, todos se engañan, dando lugar á multitud de escenas altamente cómicas y superiormente conducidas; hasta que al fin los dos hermanos se encuentran y se reconocen.

Dijimos antes que la semejanza de los dos hermanos, y las equivocaciones á que esta da lugar, son mas inverosímiles en esta comedia que en el *Anfitrión*, y dimos la razon de ello. Nuestra crítica es justa, absolutamente hablando, y con respecto á la naturaleza y la verdad; pero si se tienen en cuenta las convenciones teatrales, y sobre todo algunas circunstancias particulares de las representaciones dramáticas entre los romanos, la inverosimilitud se hace mas tolerable y aun

(1) Juego de palabras á que Plauto es muy aficionado.

casi desaparece del todo. Con efecto, la extension de los teatros antiguos, la distancia á que los autores estaban del auditorio, los trajes y la máscara de aquellos, el aparato acústico que modificaba su voz, favoreciendo gran manera á la verosimilitud de estas semejanzas y equivocaciones.

Fundándose Plauto en esta semejanza, valiéndose de este resorte cómico mas ó ménos bueno, pero únicamente de él, trazó la intriga de su comedia con una habilidad que sorprende todavía, á pesar de los adelantos que en esta parte se han hecho por los escritores modernos. No hay en esta comedia ni un episodio superfluo ni un personaje inútil: todas las escenas, todas las situaciones, todos los personajes nacen naturalmente de la accion. La mujer, el suegro, el parásito, la querida, el esclavo, el médico, atormentan y confunden cada uno á su vez á los dos hermanos, equivocándolos con la mejor fe del mundo! Hay en ellos error, ilusion; pero nunca malicia ni grosería: ninguno engaña, y ninguno se engaña á sabiendas de los dos Menechmos. Este gran rasgo de la comedia de Plauto no supo aprovecharlo Regnard en su imitacion, sin que sea esto desconocer la superioridad de este sobre el poeta latino en otras muchas cosas.

El desempeño del plan corresponde tambien al mérito de este. La escena del cocinero que ofrece al Menechmo recién llegado la comida que habia mandado preparar el otro Menechmo, da principio de una manera muy cómica á la serie de equivocaciones que siguen. La escena de la cortesana que le toma en seguida por su amante, y á la cual cede á pesar de sus protestas de sensatez y de virtud, está llena de gracia y de filosofía, y es profundamente cómica.

La determinacion del parásito que para vengarse de la comida que cree haberle hecho perder Menechmo el casado, enciende la discordia y los celos en casa de este, contando á su mujer todo lo que pasa, reanima mucho la intriga; y los celos de la mujer y las quimeras de la familia, dan lugar á incidentes sumamente chistosos.

La escena del quinto acto en que el padre de la mujer de Menechmo toma la defensa de la mala conducta de su yerno contra su propia hija, repugna por el cinismo de algunas máximas y expresiones á los lectores modernos; pero en nada chocaria á las costumbres ni á las ideas de los antiguos romanos.

Y por último, la escena de la consulta del médico, prueba que los discípulos de Esculapio pedantes y ridículos no datan de Molière.

Esta comedia célebre ha sido tambien como el Anfitrión muy imitada y traducida. Una comedia inglesa con el título de *las Equivocaciones* (*The comedy of errors*) representada en 1593, es la primera imitacion de la obra de Plauto en los tiempos modernos. Generalmente se atribuye esta obra á Shakespeare; pero no falta tambien quien lo niegue. Rotrou imitó, ó mas bien tradujo en verso los *Menechmos* como habia hecho con Anfitrión. Le Noble dió tambien al teatro otra comedia con el título de *los dos Arlequines*, imitacion mas libre y mas divertida que la de Rotrou. Por último, Regnard es el que ha tenido la gloria de aclimatar, por decirlo así, en el teatro esta comedia de Plauto. El mérito de la comedia de Regnard iguala y aun supera á la de su modelo. Sin embargo son tantos y tan grandes los elogios que se han hecho de esta comedia por los compatriotas del autor, dados siempre á ponderar hasta lo infinito el mérito de sus buenos autores, que algunos nos parecen exagerados. Regnard no tomó de Plauto mas que la idea principal, la intriga y los incidentes están hábilmente sacados de las costumbres contemporáneas del autor francés. Ni podia ser de otra manera: la comedia de Plauto es tambien una comedia de costumbres, y mal podia la pintura de las costumbres romanas en tiempo de los Scipiones, convenir ni parecerse á las del siglo de Luis XIV. En este arreglo mostró Regnard su gran talento cómico; pero es muy difícil hacerle sin perder alguna de las bellezas del modelo, aunque por otra parte gane otras nuevas.

Ya hemos dicho mas arriba que no pudo ó no supo conservar en su imitacion la buena fe, tan cómica de los personajes de la comedia de Plauto, que todos se engañan y confunden sencillamente con respecto á los dos hermanos. En la de Regnard hay malicia é intencion deliberada en los principales personajes, para sostener y alimentar las equivocaciones de los otros. Esto es indudablemente un defecto comparativamente hablando; pero este defecto (preciso es confesarlo) nace mas bien que de Regnard, tanto de las costumbres sociales, como de las costumbres teatrales de la época. Para disculpar esto, dió el poeta francés á los dos hermanos caracteres, no solo diferentes, sino enteramente opuestos, y de esta manera el carácter grosero y brutal del campesino, contrastando con el del otro hermano, da lugar á rasgos muy cómicos y disculpa en cierto modo las malas pasadas que este le hace. La invencion, pues, de estos dos caracteres es á nuestros ojos la principal belleza de la comedia de Regnard y de la que nacen otras muchas. Por lo mismo que admiramos como el que mas el mérito de Regnard, no creemos que haya necesidad de deprimir á Plauto para ensalzarle como lo hace La Harpe. Este crítico, con quien por tercera vez nos encontramos en oposicion, se manifiesta muy escandalizado de la escena en que Menechmo Soncles roba á su mujer un manto y un brazaete para regalárselos á una cortesana, y llama á esto una *rateria* indigna de la escena. ¿Y porqué? ¿Tiene presente el crítico, al censurar este pasaje, que la posición de las cortesanas en Roma, las costumbres y las leyes mismas autorizaban

(Véase la página 122.)



Zapador de ingenieros de gala.

Cazadores de infantería Oficial.

Oficial de granaderos, traje ordinario.

Coronel de granaderos.

Ligero, traje ordinario.

Granadero, de gala.

Granadero, traje ordinario.

Oficial de ligeros, de casaca.

Granadero, traje de cuartel.

NUEVA GUARDIA IMPERIAL FRANCESA.

F. Lange



Caracero,
de gala.

Cien-Guardias,
traje ordinario.

Guiss,
de gala.

Gendarmeria,
de gala.

NEVEA GUARDIA IMPERIAL FRANCESA.

Cien-Guardias,
traje de escolta.

Caracero á caballo,
de gala.

Artilleria,
de gala.

Journal des Arts et des Manufactures

con estas acciones? ¿No es un mérito, en vez de un defecto, que Plauto las censurase con las armas del ridículo cuando las costumbres y las leyes las disculpaban? ¿Porqué, pues, es indigno de la escena este rasgo de Plauto? ¿Será acaso porque repugne á los espectadores? En tiempo de Plauto claro es que no, y lo prueban muchas comedias del poeta en que se repiten estas *raterías* como las llama La Harpe, que hacen ya el marido á la mujer, ya el hijo al padre. Pero hay más: tampoco es indigno de la escena moderna, á lo ménos á nadie se le ha ocurrido, ni aun al mismo La Harpe, criticar rasgos muy parecidos, y no más delicados que sin ir más lejos excitan, con justicia, la risa de los espectadores en más de una de las buenas comedias de Molière y del Regnard.

La extensión que hemos dado al estudio de *Anfitrión* y los *Menechmos* nos impide hacer otro tanto con *Epidico*, otra de las mejores comedias de Plauto en el género que vamos examinando; y lo sentimos tanto más, cuanto que la trama y la índole de esta comedia se parecen mucho á aquellas de nuestro teatro antiguo conocidas en el lenguaje de bastidores con la clasificación de comedias de gracioso. Epidico esclavo de Straiopóles y protagonista de la comedia de Plauto, es enteramente un gracioso de Moreto como los de *Trampa adelante*, y las *Travesuras de Pantoja*. El complica la intriga, él dirige la acción, él es en fin el alma de la comedia. Plauto prefería esta comedia á todas las suyas, y hace un elogio de ella en otra de sus obras. El amor propio de autor no le seguía en esta ocasión como suele suceder las mas veces, y tanto el aprecio con que habla de ella Ciceron, el éxito con que la imitó Molière, (quedándose esta vez según nuestra opinión inferior á su modelo) prueban que Plauto falló causa propia con imparcialidad y justicia.

El Epidico no tiene prólogo; así es que nada previene ni disminuye en esta comedia el interés de la acción ni de los resortes que se emplean en ella. La intriga es complicada, pero sumamente clara y bien conducida. El papel del protagonista está lleno de gracia y de invención, y los del fanfarrón y enamorado ridículo, y el del viejo á quien engaña todo el mundo, son excelentes, y están muy oportunamente colocados. En la exposición de esta comedia se censura el lujo de las damas romanas, que obliga á sus maridos á faltar al pago del impuesto para satisfacer las exigencias de su vanidad y coquetería. Tal vez mas adelante tendremos ocasión de citar este trozo cuando hagamos algunas observaciones sobre las costumbres y vicios de la sociedad de los romanos comparada con la nuestra.

L. VALLADARES Y GARRIGA.

Tres cartas acerca de la Finlandia.

III.

Dime si tienes miedo de que yo te vea,
y te diré si eres un ladrón.
(Proverbio finlandés.)

Habia el invierno último en Tammersfors una familia de gitanos, mendigante, pordiosera, dada á la rapiña, y entre todos se hallaba una mujer que conservaba algunos restos de beldad bajo sus harapos. Esta salvaje criatura arrastraba, pendiente de su refajo, una niña caprichosa, rebelde como una cabra y cuyos ojos negros en vez de reflejar la indiferencia y el candor de la primera edad, revelaban la inquieta curiosidad del vicio. Un día la gitana dejó extraviar á la niña en el jardín de un rico industrial de la ciudad, y sin que nada manifestase de antemano la venganza concebida en su corazón, se fué á matar de una puñalada á su amante, después de lo cual emprendió la fuga. Al cabo de un mes fué cogida, conducida á Tammersfors, condenada y aprisionada hasta el momento en que se ofreciese una ocasión de trasladarla á la Siberia. La niña, bien peinada, lavada y vestida, permanecía en casa de M.*** compadecido de esta desgraciada y muy dispuesto á hacer una buena obra preservando á la joven de la miseria y de las malas inclinaciones de su raza. Entonces fué cuando noveló á llegar entrega por entrega á Tammersfors la novela de Jorge Sand. Vds. concibieron el interés que añadiría á las páginas interesantes de la obra este comentario vivo, y que encanto prestaría la realidad á la ficción. A medida que se sucedían las páginas entraba la duda en la mente de M.*** y de su mujer asociada de buena fe á sus nobles intenciones. La naturaleza indómita de la gitana tan admirablemente descrita en el libro, el amor á la vida aventurera y vagamunda, el instinto del mal que corre por las venas mezclando con la sangre, les asustaba para el porvenir. Decíanse que un mono, por domesticado que parezca, concluye mordiendo á su amo, y que con raras excepciones, los domadores de fieras pagan siempre caro el poder que han ejercido sobre ellas. Haciendo pues un esfuerzo violento M.*** devolvió la niña á la madre algunas horas antes de que la cuerda partiese, y para evitar las lágrimas de la mujer así como caricias de la niña que sabía embobarle jugando sobre sus rodillas, semejante una gatita que oculta las uñas, la sacó de casa sin despedirse de nadie con el pretexto de dar un paseo. M.*** tuvo algunos remordimientos; poco faltó para que no volviese á buscarla después de haberse aplaudido su resolución. La niña, furiosa de verse en-

jaulada, no había verdaderamente matado á sus guardianes; se había contentado con arañarlos. Pero al desocupar su habitación, hallóse en un armario bajo los pobres andrajos que llevaba antes de su adopción, una cuchara de plata, un tenedor de hierro, un cuchillo de punta, pedazos de cinta, cuentas de coral, unos anteojos, efectos que la señora de la casa buscaba hacia mas de ocho días: en fin, veíase allí un fondo de prendiería, un principio de museo de un judío que la niña había coleccionado para su recreo entre una y otra lección de moral.

El Tammerskoki, tal es el nombre del torrente, ha hecho de esta población una ciudad industrial. Una masa de agua que jamás se hiela durante el invierno, de seis á siete meses, que forma espuma y brinca bajo los treinta grados de frío de Reaumur, es una riqueza que entretiene la actividad y la vida cuando todo muere en derredor. Esta riqueza viene de Alejandro que cuando visitó la Finlandia en 1819 se detuvo en la punta de una roca que domina al torrente, y ordenó ú autorizó la fundición de establecimientos industriales, como lo acredita una inscripción grabada sobre una placa de cobre que se encuentra en la roca y que omitimos por no ser prolijos.

Las palabras que allí pronunció Alejandro fueron oídas en Inglaterra, por un ciudadano que corrió á Tammersfors á montar una fábrica de hilo. Varios establecimientos de consideración se improvisaron sucesivamente, cambiando un pueblecito, perdido entre montones de nieve, en un centro comercial importante.

En 1789 los finlandeses habían obtenido del rey de Suecia Gustavo III un decreto aboliendo los monopolios y restricciones de la industria, estableciendo la libre concurrencia para todos. Si Alejandro en 1819 hubiese querido cambiar estas condiciones, ¿qué habría sucedido? La población no se hubiera sublevado; pero al abrigo de toda coerción eficaz, retirada tras de sus vastas lagunas y sus profundos bosques, protegida además por sus autoridades municipales nombradas por el pueblo hubiera permanecido agrícola en cierto modo, escarbando sus campos y quemando sus bosques. Para comprometerla á ser industrial, el conquistador ha declarado:

1º Que todo individuo, nacional ó extranjero, puede establecer en Finlandia fábricas de cualquiera clase exentas de todo impuesto.

2º Que puede cualquiera surtirse en el extranjero de todas las materias necesarias á su industria sin pagar derechos de importación.

3º Que todo ciudadano es dueño de expender sus productos en el gran ducado sin pagar alcabalas.

Por fuerte y poderoso que uno sea, encuentra resistencias, y ante las cuales tiene que ceder, granos de arena que no puede moler bajo la rueda de su carro triunfante. He aquí un puñado de hombres diseminados en un desierto glacial, sin contacto con el mundo civilizado, sometidos para siempre y resignados con su derrota, pero conservando en su abyección política la independencia personal y la dignidad del individuo.

Según la declaración de 1723, de la constitución de 1772, del acto de soberanía y de la unión de 1789, del manifiesto de Alejandro de 1807 y del manifiesto del emperador Nicolás de 1825: cada ciudadano de Finlandia es personalmente libre, no puede ser detenido ni juzgado sino según las leyes vigentes; no puede ser encarcelado ó privado de su libertad sin hallarse convicto de crimen capital ó cogido en flagrante delito en causa que lleve consigo la pena de muerte, ó cuando el juez crea conveniente asegurarse de la persona conforme á las leyes del país: ningún ciudadano de la Finlandia puede ser violado en sus posesiones, abiertas ó cerradas, antes de ser sometido á juicio.

¿No les parece á Vds. que esto es una constitución inglesa extraviada en las cercanías de San Petersburgo?

La doctrina evangélica de Lutero, dominante en Finlandia, y cuya sencilla austeridad parece proporcionada á las costumbres de este áspero clima es la que profesan estos habitantes. El que se ha educado en esta religión y abraza otra después, pierde sus derechos de ciudadanía y de herencia. El emperador es, como en Rusia, el jefe supremo de la Iglesia: nombra los obispos y dignidades de primera clase, aunque debe elegirlos en terna, según el país se lo propone. Los clérigos de orden inferior así como los capellanes y sacristanes son nombrados por el vecindario.

A pesar de las garantías individuales que gozan los finlandeses, han entrado sin entusiasmo en la vía industrial. Trabajadores exactos, tranquilos, de una probidad intachable y de un natural indolente, no les piden Vds. grandes esfuerzos; no les prediquen el progreso: esto les interesa tan poco como el viajar, ver cosas nuevas, admirar la ciudad de San Petersburgo. Viven haciendo lo que cumple á su comodidad, y esto les basta. Dejádles el tiempo necesario para hacer sus camisas de cáñamo, tejer sus vestidos, frotar sus miserables vestidos, y sobre todo leer la Biblia. Noten Vds. que cada individuo se halla en estado de recibir por sí solo y sin ayuda de nadie este pasto espiritual. Un hombre y una mujer que no supiesen leer no hallarían cura que quisiera casarlos. Por otra parte el finlandés no conoce las malas pasiones, no trata de engañar á las solteras ni de seducir á las casadas. Desea tener mujer propia y para contraer el matrimonio aprende á leer la Biblia, que es toda su biblioteca.

En verdad esto no es un pueblo, sino una comunidad; pero dudo que exista una sociedad mas moral y mas digna de simpatías. Su regla es el deber, y no

quiere la libertad de la conciencia y de la independencia personal, mas que con objeto de dar al César lo que es del César. En la época en que vivimos, la fe general solo admite y respeta en los hombres enfermizos el espíritu de abnegación; á los ojos de este siglo materializado, trabajar es rogar, y todo ascetismo es considerado como estúpida superstición, hija de la pereza ó de la hipocresía. Si Pascal levantase hoy la cabeza, creo que no preguntaría desde luego si hay ó no jesuitas en el mundo: este hombre célebre se ocuparía mas bien del telégrafo eléctrico y de las máquinas de vapor que de establecer proporciones geométricas entre las gracias celestes y los disciplinazos. Pero nos hallamos en Finlandia, y ¿no encuentran Vds. bueno y razonable que esta nación viviendo con el orden con que se vive en un convento, aceptando el trabajo sin pena y sin placer, transcriba viejos manuscritos sin inquietarse de añadir á ellos una idea nueva?

Hablo con conocimiento de causa de la poca aptitud que los finlandeses tienen para la industria. He recibido sobre este particular informes de M. Notbeck, persona que se halla en estado de juzgar, como que él solo da ocupación á ochocientos obreros de ambos sexos. En cambio estos habitantes son dignos de elogio por su dulzura y buenas costumbres. Nunca es necesario imponer grandes castigos por graves faltas: el delincuente paga una multa en provecho de los demás obreros, y la prisión, es decir, un salón donde el culpable hace penitencia durante algunas horas, apenas se abre dos veces al año. La fábrica de M. Notbeck sostiene una escuela de cincuenta niños, desde tres á ocho años de edad, cuyas madres ocupadas en los trabajos del lino, no podrían cuidarlos. Esta falta de espíritu industrial es quizá el único punto de semejanza que existe entre la Finlandia y la Rusia.

Sin embargo de lo dicho anteriormente, á pesar de la entera moralidad del pueblo finlandés no deja de haber algunos malhechores. M. Léonzon Leduc asegura haber visto una figura tan patibularia que no podía mirársela sin horror. Me han contado la historia de un bandido que se había ocultado cerca de Tammersfors, en una madriguera que llaman la boca del diablo, pero esta historia es tan extravagante en sus detalles, que prefiero referir la de M. Lundhal como mas verdadera. Se trata de un forzado encerrado en la prisión del Abo, el cual había imaginado para librarse de los grillos, cortarse las piernas por encima de los tobillos, después de lo cual fué á esconderse en la boca del diablo. El Tammers-Koki abunda en truchas y salmones. Todos los días iba á la roca sobre la cual se detuvo el emperador Alejandro, y allí tendía la caña de pescar inclinado sobre el torrente. Muchas veces la oleada que rugía debajo de él estuvo para arrastrarle no dejándole apenas mas tiempo que el necesario para clavar las uñas en la tierra sosteniéndose así milagrosamente. Un día se apoderó el vértigo de él en el momento en que un salmón picaba el anzuelo. M. Lundhal cayó al agua, rodó entre el torrente chocando con las piedras, tan pronto bajando hasta el suelo como asomando á la superficie del agua que brinca de roca en roca hasta penetrar en el río. Un madero se hubiera hecho mil pedazos: el Dios que vela por los pescadores de caña tuvo piedad de este hombre. Le hizo recobrar la razón sobre el lecho de piedra donde la corriente le había lanzado, que le parecía un colchón de pluma en comparación del terreno que acababa de andar. Desde allí molido, dislocado, despedazado, no conservando casi la forma humana se le trasladó á casa de su mujer. Su convalecencia fué larga; pero estaba escrito que el milagro seria completo y se curó. ¿Qué piensan Vds. que hizo este hombre cuando volvió á la salud? ¿Green Vds. que juró no volver á pescar en el sitio peligroso donde había caído en el torrente? Nada de eso. En cuanto se sintió fuerte, tomó su caña y se dirigió á la punta de la roca donde cayó de nuevo, pero esta vez no volvió á vérselo vivo ni muerto.

M. Notbeck, el mas amable *cicerone* que se puede imaginar, quiso en cuanto le fué posible indemnizarnos de nuestra aventura de Kiro y nos condujo para ello á unas cuantas leguas de la ciudad, á la cascada de Nockia. Esta es mas furiosa y pintoresca que el Tammerskoki. Tiene como esta sesenta piés de elevación, pero se precipita con mas fuerza. Cuando se llega cerca de Nockia y se ve el extremo inferior de la cascada donde hierve el torrente, la disposición del terreno produce un efecto óptico de una ilusión completa. La realidad aparece en sentido inverso: á la izquierda se ve una cuesta que oculta el lago y la abertura por donde el agua se escapa; á la derecha el horizonte está igualmente velado por una altura; percibe uno delante de sí como por un inmenso telescopio la garganta cuyos bordes escarpados se confunden agrupándose en lontananza. El agua impelida con una violencia espantosa sobre el fondo de unas rocas, se revuelve, recula, forma espuma, avanza para romperse de nuevo, y se diría que en lugar de huir por esta abertura, desciende y se atreve á batir con estrépito el pié de las colinas á donde se dirige. Este es un espectáculo imponente.

Una legua mas allá del sitio en que se apacigua el torrente, el agua se extiende de nuevo en anchas aberturas y va á perderse, por una sucesión de lagos y de ríos, al golfo de Bothnia, cerca de Biornborg, después de haber corrido una larga pendiente cuya elevación en Tammersfors es de mil piés sobre el nivel del mar.

Llueve con mucha frecuencia en Finlandia. Miétras recorriamos el lado derecho de la garganta nos cogió un fuerte chaparrón: tuvimos que detenernos en casa de un finlandés, el cual estaba ausente. Su mujer hacia

media al lado de un niño que dormía en una de las dos camas de esta modesta habitación. El cuarto estaba caliente, pero no había allí mas que calor y una Biblia colocada en el pozo de una ventana. La mujer se levantó cuando nos vió invadir bruscamente su domicilio sacudiendo el agua de nuestros capotes, como un tropel de perros que acaban de recibir un baño. Pero cuando comprendió por nuestras miradas que encontrábamos su niño gracioso, se determinó á hacernos una reverencia y se escusó de no poder hacer mejor los honores de la hospitalidad, pues solo tenía dos sillas para cuatro personas. La dificultad del ceremonial despareció bien pronto: mi mujer y yo nos sentamos encima de una de las camas y el ama de la casa observando que no éramos aristócratas nos hizo otra reverencia, diciendo que aunque era pobre podía ofrecernos café. Al mismo tiempo abrió la alacena y nos enseñó con cierta vanidad muy legítima su vajilla extraordinariamente limpia. En vez de aceptar la oferta acariciamos al niño, y yo he reflexionado despues que hubiéramos sido mas leales en beber el café tan ingenuamente ofrecido, que en halagar la ternura maternal; porque francamente el angelito era tan feo como pudo serlo á la misma edad su abuelo Atila. Un rústico habria aceptado el café sin mirar al niño: nosotros corrompidos por la civilización obramos en aquella choza como en nuestros salones.

La lluvia había cesado. Al despedirnos de aquella mujer, M. Notbeck puso en su mano una moneda que ella aceptó haciendo una tercera reverencia. Nosotros quisimos darla algo también, pero la mujer rehusó temiendo parecer avara. El niño fué ménos escrupuloso, cogió el dinero con sus pequeñas manos, y lloró de tal manera cuando la madre se lo quiso quitar para devolvérselo, que tuvo que resignarse á dejárselo.

Al anochecer nos despedimos de M. Notbeck que despojó su casa en nuestro obsequio llenando las arcas de nuestro coche de uvas, melones y botellas de vino de Burdeos.

Gracias á este señor sabíamos diez veces mas de finlandés que Figaro de inglés y nos hallábamos en estado de sostener á cada relevo una conversacion con los postillones. Teníamos que atravesar la Finlandia desde Poniente á Oriente y nos separaban diez y nueve jornadas de Willmanstrad. Desde allí debíamos pasar á Imatra y volver á Viborg, por lo tanto era indispensable que el postillon no se abandonase á su natural indolente.

Nada diré del país: cuanto mas se avanza al Este, mas se parece al que hemos recorrido saliendo de Helsingfors. A cuatro leguas de Willmanstrad nos detuvimos para almorzar: la fondista puso la mesa y no salió del comedor hasta que hubo cerrado nuevamente los armarios, visto lo cual puse el dinero en sitio seguro recordando este dicho de un célebre autor: *Dime si tienes miedo de ser robado y te diré si eres un ladrón.*

Hémos ya en Imatra punto comun de las excursiones de los ociosos de San Petersburgo. Aquí es donde vienen una vez al año á fumar, beber champagne, escribir con el lápiz ó con la punta de un cortaplumas sus nombres en las columnas de un cenador elevado á las orillas del torrente y admirar sobre todo las celebradas beldades de esta naturaleza salvaje. Imatra es algo mas que el torrente de Tammersfors y que el de Nockia, pero es ménos que una catarata. Yo no sé si yo soy ya insensible á las impresiones de este género á fuerza de lo que he visto, lo cierto es que no hallo palabras dignas del asunto á cuya descripción renunció. Solamente diré que si M. Lundhal hubiera caído en este sitio no habria podido repetir la experiencia.

El torrente de Imatra está formado por *Vuoska* que sale del Saima, uno de los mayores lagos de la Finlandia, y se dirige al Ladoga. Cuando el invierno llena de esterilidad los campos vecinos, es cuando deben ser mas dignas de observarse las iras de este torrente que ruge socavando sus orillas de granito.

En Viborg no encontré nada que me chocase, exceptuando un obelisco levantado á la memoria de dos soldados muertos en Austerlitz, el cual estaba adornado en uno de sus lados con una inscripción latina que era una retaila de injurias á la Francia de 1789. Seguramente no será yo quien vitupere el homenaje tributado á los muertos, pero es lástima que las invectivas contra un pueblo vayan mezcladas á las expresiones de la piedad.

A. A.

¿Wigh ó tory? Ciudadano.

La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inacción en que permanecía este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperación. Doce años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se había afirmado mas y mas en el trono, no habían bastado aun para destruir eternamente sus ilusiones. Solamente que en las baterías asestadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacían uso de la intriga: a pesar de no ser mortífera esta manera de combatir, no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez había entorpecido gravemente la mar-

cha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasión de una batalla campal para concluir de una vez con la agresión de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á las armas de la seducción.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componía de algunos jefes honrados y fieles á sus principios, y de una gran porción de ambiciosos oscuros; de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podían ganar mucho en un cambio de situación. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensa de ninguna especie: todas las caricias y halagos que se les hacían eran perdidos é infructuosos. En cuanto á los últimos, prontos siempre á entregarse al que mas diera, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era harto considerable, y su valor individual demasiado ínfimo para que este medio fuera puesto en práctica por un gobierno celoso por su honor.

Sir Eduardo Melvil era uno de los jefes mas jóvenes y caballerescos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, había llamado frecuentemente la atención de los hombres que empuñaban las riendas del Estado; pero todos los manejos seductores de la coquetería gubernamental se habían estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podía acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso; sus conferencias eran partidas de caza; sus luchas carreras de caballos; sus indicaciones políticas brindis mas ó ménos simbólicos; cifraba su orgullo, por ejemplo, en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el banquete mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referían la certera puntería de sus tiros, las cantidades que había perdido ó ganado, la calidad fastuosa de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar la política tenía muchos atractivos, y le había valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quienes sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avidez de las mujeres; había también en ella algunos poetas oscuros, furiosos por el poco éxito y celebridad de sus obras, y quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al *poco mérito* de sus versos.

Eduardo se paseaba un día á caballo en los alrededores de Lóndres con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico; la atmósfera se hallaba completamente despejada de niebla; el cielo estaba puro y sereno, y los rayos del sol aumentaban el brillo y la hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Imposible hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenía la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginación de Eduardo.

— Jaime, le dijo á su compañero, te propongo una carrera de campanario.

— Acepto.

— Apuesto cien libras.

— La sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo extendió el brazo derecho y señaló la veleta de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

— ¡Dí:blo! dijo Jaime, la torre que me enseñas nos anuncia algún castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

— ¿No aceptas, cobarde?

— Nunca lo soy: acepto.

Y los dos ginetes, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulación contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningún género.

Jaime aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de yerba mas suave y blanda que puede imaginarse. El fogoso bruto, á quien esta primera escapada había agradado sobremanera, empezó entonces á dar coces y saltos por la pradera de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, despues de haberse asegurado de no haber recibido lesión alguna, quiso cogerle; pero fué en balde, y durante un cuarto de hora caballo y jinete parecieron jugar á las cuatro esquinas.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no había reparado en la aventura de su competidor, seguía victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, barreras y demás obstáculos que se le oponían en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término que habían fijado, y se desarrollaba majestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecía no tener ni la mas mínima idea del respeto debido á la propiedad ajena. Pero si la primera impresión fué de cólera, la segunda fué de admiración. Había efectivamente en el aire del caballo y en la san-

gre fría del jinete motivos suficientes para excitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que había atravesado y la que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagioso, que los dos ginetes correspondieron con una carcajada no ménos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesanía, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

— Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habeis proporcionado. No había visto aun reunidos en un jinete tanto atrevimiento y sangre fría, y si no temiera cometer una indiscreción, manifestaría el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido granjearse en un momento todas mis simpatías.

— Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio: el nombre de Melvil parecía haber hecho mucha impresión en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomía tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremonia política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Despues de varios cumplimientos dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo, que fué aceptado por Eduardo con el mayor placer, y convinieron en que entre tanto iría el criado á prestar ayuda al pobre Jaime, que apuraba sin ningún resultado todos los recursos de la sabia teoría de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y burlona montura.

El dueño del castillo tenía próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años ménos; pero había en su conversacion una delicadeza exquisita; nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliación cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada, y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

— Por muy incansable que seais, dijo al fin este, supongo, sir Melvil, que una proposición de mi parte no os parecería completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionaros, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

— Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposición no merece una acogida desdeñosa: sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasión para averiguar el nombre del que me dirige un convite tan amable.

— Me llamo Jorge, príncipe de Gales.

Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomía, de franca y risueña que era, se tornó grave, y su ademán cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situación en que se hallaba.

Sir Melvil, prosiguió el príncipe con la sonrisa en los labios, en el terreno de la política somos enemigos; pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos algunos momentos de distracción, y que conservan la libertad, despues de separarse, de ser enemigos irreconciliables.

— Señor, tanta bondad y finura me confunden; pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me desacreditaba en el concepto de los míos; permítame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar hariais lo mismo.

Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados; sin embargo, toman su origen en un principio muy noble, y temería yo ser importuno insistiendo en mi proposición. Admitid la sincera expresión del sentimiento que me causa el que no podais aceptarla, y de la verdadera estimación que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El príncipe le saludó afectuosamente y se alejó.

Entonces llegó Jaime; había conseguido por fin apoderarse de su rebelde bucéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestara el criado del príncipe.

— ¿Con quién hablabas? le preguntó á Eduardo.

— Con el propietario de ese castillo.

— Se puede alabar de tener una posesión que pudiera muy bien llamarse real.

— Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, hubiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

— ¿Es posible?... Ese joven...

— Era el príncipe de Gales.

— ¿Y te ha dirigido la palabra?

— Ha hecho mas aun: me ha convidado á comer.

— ¿Sabiendo quién eres?

— Sabiendo quien soy.

— ¿Y has aceptado?

— He rehusado.

— Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeza hará honor á nuestro partido; es menester que todo Lóndres le sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.



LA RITA

CANCION MADRILEÑA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

POR EL MAESTRO IRADIER.

Allegro.

CANTO.

PIANO.

CANTO.

Un re - pi - que yun re - - do - ble Yu - na sal - va pa - ra mi, Por que

soy la ge - ne - ra - - la De las ma - jas de Ma dri Des - gar - ra - da sa - le - ro - sa Lim - pia

siem - pre co - mo el o - ro Des - gar - ra - da sa - le - ro - sa Lim - pia siem - pre co - mo el o - ro Mi pre -

Procedes de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.

2.

No soy yo de las que ahuecan
Su derecho y su revés
Con la cólera que compran
En la tienda de Ginés.

Desde el talle hasta el rodete,
Del tobillo á la cintura,
Es la Rita verda pura,
Como se usa en Lavapiés.

Largo, etc.

3.

Con tal rumbo y tal salero
Vivo siempre en liberta,
Porque sé que el mal de amores
Es muy perra enfermeda.

Mas si de alguien se enamora
Esta maja tan tirana,
Lo echara en una semana
A la santa eternida.

Largo, etc.

MARGARITA PUSTERLA

V.

LA CONJURACION.

« Buen Jesus, que fuisteis niño, y que desde la infancia comenzasteis á padecer, vos que creciais con la edad en sabiduría, sumiso á vuestros padres y adquiriendo gracia ante Dios y los hombres, ¡oh! dignaos defender mi niñez, haced que la conserve pura, y que mis obras, conformes á vuestra voluntad, me prometan un bello porvenir á los ojos de mis padres y de mis conciudadanos.

» Buen Jesus, que habeis amado tanto á vuestro padre, yo os recomiendo los míos; bendecidlos, dadles

paciencia, para soportar los dolores, fuerza para someterse, y el consuelo de verme un dia crecer como ellos desean en el santo temor de Dios.

» Buen Jesus, que habeis amado vuestra ingrata patria, y que llorasteis previendo los males que iban á caer sobre ella, mirad mi país con ojos de benevolencia, libradla de sus males, convertid á los que la contristan con sus fraudes ó violencias; inspiradles confianza en las buenas acciones, y haced de modo que yo pueda ser un dia un ciudadano honrado, probo y desinteresado. »

Margarita hacia repetir esta oracion á Venturino, que se ponía de rodillas en su presencia con las manos cruzadas en signo de humillacion. Una madre que enseña á orar á su hijo es á la vez la imagen mas sublime y mas tierna que pueda imaginarse. La madre, superior entónc es á las cosas mundanas, parece á esos ángeles que, hermanos y defensores de nuestras almas, nos

sugieren nuestras virtudes y corrigen nuestros vicios. En el alma del niño se graba, juntamente con el retrato de su madre, la oracion que ella le ha enseñado, la invocacion al Padre que está en los cielos. Viviendo en medio de los hombres, encuentra el engaño cubierto con el manto de la fidelidad, ve á la virtud engañada, escarnecida la generosidad, el odio encendido, y entibiada la amistad; temblando va á maldecir á sus semejantes.... Pero se acuerda del Padre que está en los cielos. Pero por el contrario, si ha cedido á las sugestiones mundanas, si el egoismo y las bajas pasiones han germinado en su corazon, en el fondo de su pecho resuena una voz, una voz austera y tierna, como la de su madre cuando le enseñaba á rogar al Padre que está en el cielo. Así atraviesa la vida; y luego, en el lecho de muerte, abandonado por los hombres, rodeado únicamente de sus obras, vuelve con el pensamiento á los dias de su niñez, recuerda á su madre, y muere lleno

de una tranquila confianza en el Padre que está en el cielo.

Y Margarita hacia repetir esta oración a su piadoso niño; y desnudándolo ella misma, amable trabajo que no fatiga nunca a una madre, ella lo acostaba, lo besaba, y con la efusión de la ternura maternal exclamaba: « ¡Tú serás virtuoso! »

Pronto entregaba Venturino sus párpados al sueño bendecido de la infancia, que se duerme sin un solo pensamiento en los brazos de los ángeles, que se despierta sin un pensamiento... ¡Felices días, los más hermosos de la vida, y sin embargo pasan sin saborearlos!

Margarita contemplaba la rápida respiración del niño. El brillante carmin de sus mejillas la estimulaban a cubrir a Venturino de ardientes besos, y el rostro de la madre resplandecía con inefable beatitud mientras estaba absorta en la muda contemplación de aquellos ojos cerrados, que debían sonreírle amorosamente al despertar.

Por fin Margarita se apartó de la cuna, y se dirigió al salón en donde se hallaban reunidos los más íntimos amigos de la familia para saludar a Pusterla a su regreso. La alegría de volverlo a ver había borrado en el alma de Margarita los disgustos que le había causado su ausencia. Su corazón, tan bien formado para sentir los gozos domésticos, le decía que después de una separación tan llena de peligros, nada podría ser más grato a su marido que permanecer apaciblemente con su mujer y su hijo, formando con las tres vidas una sola vida. Pero otros pensamientos bullían en la imaginación de Pusterla, que meditaba día y noche los medios de preparar su venganza.

Durante su residencia en Verona, no había ocultado a Mastino ni el nuevo ultraje que acababa de recibir, ni su rencor antiguo. El Scaligero, queriendo aprovecharse de este resentimiento, lo inflamó cuanto pudo, y ofreció a Pusterla su protección y ayuda, cualesquiera que fuera la resolución que tomara. Mateo Visconti, a quien sus trasportes dieron fama posteriormente, no debía sorprenderse de los desórdenes de su tío, pero le agradaba enturbiar el agua para pescar, y atizó el descontento de Pusterla. Dióle cartas para sus hermanos Galeas y Barnabe, en las que los excitaba a recordar su origen, y a aprovecharse de la ocasión de romper el yugo, como él decía, de un sacerdote y un verdugo.

Habiendo Pusterla venido secretamente a Milan, ninguna bandera en las torres anunciaba su presencia, y la correspondiente guardia no vigilaba a la puerta del palacio; pero en lo interior Pusterla devoraba las tempestades de su alma, sin que lograra su esposa dulcificarlas. Habitado a la vida tumultuosa de las sociedades, a las discusiones, ansioso siempre de constantes y variadas emociones, no hubiera podido pasar siquiera la primera noche en el seno de su familia: Alpinolo llevó por orden suya la noticia de su vuelta a sus más íntimos amigos, y estos vinieron uno tras de otro, después de anocheado, y penetraron por una puerta secreta que daba a la vía de los señores Piatti para verlo y consolarlo.

El exterior del palacio estaba sombrío y mudo, como un desierto; pero apenas Franzino Malcolzato, el fiel portero, había hecho pasar a los amigos de su señor de un patio a otro, eran recibidos por la servidumbre vestida con la librea mitad amarilla y mitad negra, la cual, alumbrando con hachas de cera, los introducía a piso llano en una espaciosa sala comunicada con el palacio, circunvalada por los jardines. Tapices históricos cubrían sus paredes; aparadores con vasos y platos de alfarería con frutas de relieve pintadas; dos anchas ventanas con cortinajes de vívidos colores, daban paso libre a la brisa de la noche, que templaba agradablemente el calor del mes de junio. Ellos entraban, y los unos rodeando a Francesco, otros sentados en sillones de terciopelo y al rededor de una mesa, donde habían echado en desorden guantes, mantos, espadas y tocas, discurrían, contaban, oían y preguntaban. Véase entre ellos al bullicioso Zurione, hermano de Pusterla; al moderado Cuaffino de Besozzo, Calcino Forniello de Novara, Borols de Castelletto, y otros exaltados gibelinos que, disgustados hoy del príncipe, que habían encumbrado antes, manifestaban de aquella manera que no había realizado sus esperanzas.

Los hermanos Pinalla y Martino Aliprando llegaron los últimos. Estos habían nacido en Monza; el primero era hábil capitán, el segundo famoso jurisconsulto. Habían ganado el favor de Azone abriéndole en 1329 las puertas de Monza que Martín, nombrado podestá había hecho circundar de murallas. Pinalla la defendió contra el emperador Luis de Baviera, y luego a la cabeza del ejército de Visconti se apoderó de Bérgamo, que obedecía al rey de Bohemia. Estas proezas le valieron el ser armado caballero en la Pascua de 1338 en la iglesia de San Ambrosio al mismo tiempo que nuestro Pusterla. Pero Pinalla cayó del apogeo de su gloria cuando en la época de la invasión de Lodrisio lo abandonaron cobardemente las tropas que se le habían confiado para defender el paso del Adda en Rivolta. Una nueva guerra que podía vengarle del desden de Luchino, ó por lo menos borrar la vergüenza de la derrota de su ejército con nuevas empresas y brillantes victorias, era el más ardiente de todos sus deseos.

En tal asamblea y en tales circunstancias no eran de esperar pacíficos discursos: al resentimiento de los males públicos, cada cual agregaba el resentimiento de un agravio particular. Por esta causa prurrieron en exclamaciones ardientes, forjaron proyectos violentos contra los tiranos de su patria, y dieron tanta mayor

rienda a sus enconados propósitos, cuanto más seguros estaban de las intenciones de todos los presentes.

— ¡Ah! sí, exclamaba Franciscolo, en el momento en que Margarita entraba en el salón después de haber acostado a su hijo, ¡esos viejos cantan los males que nos afligian en el tiempo de nuestra libertad! No se trataba más que de batallas: todos, hasta los niños, debían ejercitarse en el manejo de las armas. A lo mejor tocaban la Martinella, se sacaba el carroccio, y de grado ó por fuerza, era necesario que todo el mundo se vistiera de hierro, abandonara el hogar doméstico y las ganancias de su oficio para acudir a ensangrentarse en la pelea: otras veces, revueltas de ciudadanos, delaciones, destierros, asesinatos... ¡Porqué no tendríamos un jefe que nos sujete con mano de hierro! Así hablaban los tímidos a quienes la naturaleza no ha concedido una sangre generosa, ó a aquellos a quienes la edad había entibiado su ardor.

Zurione interrumpiéndolo:

— ¡Y es eso amar la patria! Ellos recogen hoy lo que sembraron ayer. La libertad ha perecido, y la guerra subsiste. La proscripción y el destierro son tan frecuentes como entonces, y tan funestos a la patria; estas violencias solo sirven para consolidar el despotismo de nuestros señores y para soldar nuestras cadenas. Antes nosotros queríamos y disponíamos la guerra. Después de la primera efervescencia, todo se calmaba y se obraba por el provecho común. Hoy el señor dispone la guerra para satisfacer sus propios intereses, y nosotros debemos seguirlo. Nuestro trabajo es su gloria.

— Teneis razón, exclamó Alpinolo, ¡su gloria! ¿Quién ha recogido el laurel de la victoria de Parabiago? ¿Quién ha triunfado? ¿Quién se ha aprovechado de ella? Luchino es un valiente caballero, se ha dicho, elevémoslo pues a la señoría. — ¡Y no obstante, si no hubieramos estado allí!...

— ¡Oh! ¿porqué, replicaba Zurione, lo has desatado tú del árbol en Parabiago?

— Mejor hubiera sido dejarlo allí, dijo Aliprando: en tal caso no se verían hoy pisoteados los privilegios de los nobles, los gibelinos confundidos con los viles güelfos, los magnates agobiados de tributos como la mas infima plebe; no se verían olvidados los que en otro tiempo...

— ¡Y nos aguantamos! decía Alpinolo echando chispas por los ojos y dando un puñetazo sobre la mesa. ¿No podemos vengarnos? ¿No tenemos espadas? ¿No han quedado nervios en los brazos lombardos? Si queremos resueltamente ser libres, lo lograremos.

Y levantaba los ojos hacia Margarita, como quien busca su aprobación en las facciones de su señora.

Margarita estaba acostumbrada desde su infancia a oír discutir en su casa los negocios públicos, y ya había formado sus convicciones y su manera de apreciarlos. En los tiempos en que la vida pública tenía tanta energía, no era ridículo que una mujer se ocupara de política, y no dejaba la triste impresión que en otras épocas puede producir el atrevimiento con que una mujer resuelve las dificultades políticas que tienen en suspenso a los hombres más capaces, sin escuchar más consejo que el de la sensación del momento, ó la opinión de su inmediato interlocutor. La educación que le había dado su padre le había enseñado a distinguir la razón de las exageraciones de los exaltados, y las injurias verdaderas de las preocupaciones de la pasión; pero no confiando en calmar la impetuosidad de la asamblea, ni hacerla aprobar su razonamiento, se mantenía silenciosa, y comenzaba solo a hablar con el doctor Aliprando.

Este, como buen erudito, se envanecía de haber sido el primero que había poseído en Milan el libro de los Remedios de la una y de la otra Fortuna, publicado por aquel tiempo por Petrarca, y se lo había llevado aquella noche a Margarita, a quien sabía que le gustaban las bellas novedades. Ojeaba esta el libro pidiéndole parecer, al paso que examinaba el volumen por uno y otro lado. Muy pronto reclamó silencio con un signo de su hermosa mano, y con voz suave que atrajo la atención de la asamblea, como cuando se oye en medio de una taberna una flauta melodiosa, habló de esta manera:

— Escuchad los discretos pensamientos del libro que el doctor me ha traído: « Los ciudadanos creyeron que lo que era la ruina de todos, no era la ruina de cada uno de ellos. Por eso conviene buscar con piedad y prudencia la paz de los espíritus; y si esto no se logra con los hombres, rogar a Dios que ilumine la razón de los ciudadanos. »

Alpinolo comprendió esta respuesta indirecta. « Si la energía de una voluntad unánime, dijo él, falta a los ciudadanos, ¿qué es lo que no puede hacer un solo hombre? ¿Qué no puede el puñal de un solo hombre resuelto? »

Aliprando, tomando el libro en sus manos, añadía: — Madonna es como la abeja: de las flores no coge mas que la miel. Pero la misma abeja tiene su aguijón para rechazar los ataques, y ruégos que escuchéis lo que el divino poeta dice en otra parte.

Y leyó:

« Se tiene un señor, de la misma manera que se tiene la sarna y la pifuita. Señorío y bondad son cosas contradictorias. Decir que un señor es bueno no es más que embuste y adulación manifiesta: él es el peor de todos los hombres, porque arrebató a los conciudadanos la libertad, que es el mayor de los bienes de este mundo, y porque, para satisfacer la insaciable avidez de uno solo, ve con ojos enjutos milares de sufrimientos. ¿Qué importa que colme de

favores a sus aduladores y parásitos con los despojos de sus súbditos! Ese es el arte de esos tiranos que el pueblo llama señores, cuando son únicamente sus verdugos. »

— ¡Bien!

— ¡Bravo!

— ¡Bien pensado!

— ¡Bien dicho!

Tales eran las exclamaciones de los circunstantes. Lisonjeado el doctor con estos aplausos, como si fueran dirigidos a él mismo, continuó:

— Escuchad cosas más fuertes todavía:

« ¿Cómo puedes tú destruir a tus hermanos, a los que han pasado contigo los días de la infancia y de la adolescencia, a los que han respirado el mismo aire bajo el mismo cielo, a los que han compartido contigo sacrificios, juegos, placeres, sufrimientos! ¿Con qué semblante puedes vivir donde sabes que la vida es aborrecida, y que todos te desean la muerte! »

— ¿Qué os parece? ¿Es menester explicar este retrato? ¿No está escrito para...

— ¡Para Luchino! ¿Quién lo duda? replicaron a una todos los conjurados.

Después uno comentaba, otro repetía, un tercero quería ver con sus ojos las palabras sacrosantas del gran italiano, del italiano verdaderamente libre, como llamaban a Petrarca, sin recordar que en aquella sazón hacia la corte a los prelados en Aviñon, que había adulado a Luchino, y que, midiendo las virtudes de los príncipes por su liberalidad, había proclamado el obispo Giovanni el mas grande hombre de Italia. Estas adulaciones debían suscitar la crítica de otro ilustre de aquel tiempo, Boccaccio, que le echó en cara que vivía en estrecha amistad con el mas odioso y el mayor tirano de Italia, en una corte tan corrompida y escandalosa como la de los Visconti.

Margarita, cuya natural dulzura había sido sostenida por los consejos benévolos é inteligentes de su padre, soltaba de vez en cuando algunas palabras que desaprobaban las medidas excesivas. Pretendía ella que tales quejas contra un gobierno tiránico no podían menos de irritarlo más y de envenenar las llagas de la patria. Era preferible, si se podía, reformarlo por medios legítimos, y no encender en los ánimos de los oprimidos un furor impotente. Y si no se lograba nada así, era menester aguantar ó cambiar de patria. « Yo he oído decir, añadía ella, que la paciencia es la virtud de los novadores. Ninguna reforma puede consumarse sino la desea el pueblo, que a pesar de la opinión de los partidos extremos, no es todo oro ni todo lodo. Dolegado incesantemente bajo el peso del trabajo, se exalta raras veces, y solo considera las ventajas inmediatas. No desdeñéis las advertencias de una mujer joven; os las hago con el conocimiento de la experiencia de mi padre, que repite este proverbio: El pueblo es como santo Tomás, quiere ver y tocar. ¿Y cuál conducta es la vuestra? Hablais de libertad, y no consultáis la voluntad del pueblo; ¡de virtud, y os preparais al asesinato!

— ¡No, no! se habla con discreción, decía Maffino Besozzo apoyándola; no se debe recurrir a medios desesperados. ¿De qué aprovecha la muerte de un tirano? Mañana proclamará otro el pueblo. Nuestros padres seguían un camino más seguro. La religión ha establecido en la tierra un poder superior al de los tronos, defensor de la justicia y tutor del débil contra el fuerte. La inocencia que pide su auxilio lo encuentra siempre, y la espada de los déspotas se embota en el manto del pontificado, extendido sobre la humanidad. Recordad que un emperador pidió perdón con los pies descalzos al papa Gregorio VII por las injusticias cometidas. Cuando Barbaroja quiso ahogar la libertad lombarda, ¿quién se puso a nuestra cabeza? ¿Quién libertó a la Italia del yugo de los alemanes? ¿Quién reprimió la salvaje tiranía de Ezzelino? Hoy desconfiamos de ese poder pacífico para apoyarnos únicamente en la espada. Nosotros vemos el fruto de nuestra desconfianza.

— ¡Güelfo hipócrita! ¡papista! exclamaron los asistentes. « El papa, decía Pusterla, el papa, ¿qué se puede esperar del papa? Aliado de la Francia, quiere crearse un reino terrestre como el de los príncipes a quienes combatimos. No hay salvación sino en el pueblo. »

— ¿Y no somos nosotros el pueblo? interrumpió Aliprando. ¿No sufren todos el peso de la tiranía de los Visconti? El pueblo que lo ha elegido puede desposeerlo. Pero el pueblo tiene una mordaza en la boca, puesta por el terror. Solo hay un medio para que exprese sus deseos, la insurrección.

— Y las armas, añadió Pinalla.

— El Estado, repuso Franciscolo, está lleno de señores disgustados con la grandeza de Luchino, ó envidiosos de ella. ¿Qué cosa más fácil que ponerse de acuerdo con ellos. Yo respondo de Verona. El Scaligero no desea más que una ocasión para abrazarse contra Visconti. La rebelión de Lodrisio ha mostrado que para destruir la *vibora* bastaba una partida de mercenarios. ¡Qué será de él si lo ataca el pueblo, guiado por un jefe de su confianza!

— ¿No se podría sacar a Lodrisio de la cárcel? preguntó Zurione.

— ¿No hay hombre, dijo Pinalla con desden, que empuje el acero mejor que él?

— ¿No hay jefes, añadió Barolo, mas ilustres? Barnabe y Galeas, malquistados con su tío, alzarían su bandera, si contaran con partidarios.

— ¿Qué apoyo pueden prestar estos para nuestro designio? preguntaba Pusterla, medio enojado de no ser él mismo propuesto. Cartas de su hermano Mateo ten-

go para ellos, pero no sé si debe contar con su ayuda.

— Amantes del país y de la libertad son, dijo Alpinolo, pronto á creer en los otros los sentimientos que lo animaban.

Besozzo, mas experto, replicó :

— ¡ Amigos de la libertad ! Esperemos para saberlo á que ocupen el poder. Un general sitia una ciudad, abre la brecha y derriba las murallas. Apoderado de ella, la fortifica de nuevo. Esta es la imágen de los que aspiran á gobernar.

— Y por eso inquietan á Luchino, dijo Borsó. Barnabe representa un papel doble; con nosotros es liberal: con su tío, indiferente á reinar. Galeas es amigo de la indiferencia, y ocupado en compartir el lecho de Luchino, no pretende ocupar su trono.

Esta salida excitó una carcajada general.

— ¿ Qué necesidad tenemos, dijo Zurione, de apelar siempre á esa maldita familia ? Porqué los padres nos maltrataban, pondremos á los hijos en su lugar, ¡ buen razonamiento ! ¿ No tenemos ciudadanos poderosos ? ¡ Aliados que nos tiendan la mano ! dispuestos estamos á secundar cualquiera enemigo de Luchino.

— Y muchos inocentes perecerán por un bien que no conocen y que acaso no desean. Y la patria sufrirá mil males por un resultado incierto, y acaso por un cambio de tirano.

Margarita interrumpió así á su pariente, explicándose con la calma que inspira á veces la razon.

Pero todos no estaban dispuestos á oirla.

— El bien público, decia uno, debe preferirse al bien particular.

— Con semejante doctrina, decia otro, nunca se intentará nada.

— Ninguna empresa es tan sacrosanta como la de dar la libertad á su patria.

— Sea, dijo Franciscolo con enojo, dejémonos devorar por el lobo, como si fuéramos carneros; que el tirano pisotee nuestros privilegios; que deshonre nuestras mujeres....

Apénas pronunció estas palabras, quiso recogerlas, pensando en la impresion que iban á causar á Margarita. Se acercó á ella, la acarició, y le prodigó mil palabras afectuosas. Pero su exclamacion habia sido recibida con un murmullo de aprobacion, y la conversacion recayó sobre la tentativa injuriosa de Luchino y sus desórdenes.

El uno recordaba la insolencia de Laudo de Plasencia; el otro hablaba de libertino de Carrara, que ultrajado por Alberto de la Scala, añadió un cuerno de oro á la cabeza de Moro que llevaba por cimera.

No es esta la vez primera que se pierde una ciudad por haber insultado á una mujer hermosa.

— ¡ Gloria á Brutus y á sus imitadores !

— ¡ Viva la libertad !

— ¡ Viva la república !

— ¡ Viva san Ambrosio !

Estos gritos hacian resonar los ecos de la sala. Como una descarga eléctrica sacude á todos aquellos que se encuentran en el aire que ella ha removido, así la palabra de un hombre habia encendido todas aquellas imaginaciones lombardas.

En medio de esta agitacion apareció un pequeño esclavo morisco, vestido de blanco á la oriental, con gruesas perlas al cuello y en las orejas. Llevaba en la cabeza, levantando los brazos á la manera de las ánforas antiguas, un barquichuelo de plata con refrescos y dulces. Con él venia un paje con una bandeja de oro cincelado, sobre la cual traia una taza ancha del mismo metal trabajada con arte exquisito : otro paje la llevaba de un vino delicioso que traia en un frasco de plata. Ofreciósele primero, de rodillas, á Franciscolo, que la llevó á los labios y la hizo circular entre sus amigos. Llenóse muchas veces, y el generoso licor exaltó en las almas el amor patriótico.

— ¡ Por la libertad de Milan ! gritó Alpinolo.

— Sí, respondieron todos, diciendo : ¡ Viva Milan ! ¡ viva san Ambrosio !

— ¡ Y mueran los Visconti ! añadió Zurione.

Esta palabra no quedó sin ecos, pero nadie se levantó, como en nuestros dias el Pavini, para corregir este grito diciendo :

— ¡ Viva la libertad, pero que no muera nadie !

Y despues de haberse apretado las manos en señal de alianza y de fidelidad, se separaron prometiendo guardar el secreto, pensar en su empresa, y volverse á ver.

Margarita se habia retirado al pronunciar Franciscolo las palabras indiscretas que le habian traído á la memoria el ultraje recibido, y despertado en ella el sentimiento de no haber podido ocultarlo.

Quando los conjurados hubieron partido, Franciscolo fué á buscarla, y juntos decidieron que irian con su hijo á establecerse en el territorio de Verona para aguardar con seguridad la ocasion favorable. Con este objeto hicieron preparar todo para partir en la noche del dia inmediato.

— Pero el dia de mañana descansa en la mano del Señor.

De la caza.

Si nuestro objeto fuera el analizar escrupulosamente el origen de la caza, tendríamos que buscarla en la infancia del mundo, pues los hombres, ya por inclinacion, ya por necesidad, y muchas veces por propia seguridad mas que por conveniencia, han tenido en todo tiempo que ser enemigos, en cierto modo de algunas

clases de animales, y procurar hostilizarlos hasta la muerte, cuya persecucion es lo que se entiende por caza generalmente, sea cualquiera el motivo que la promueva.

Los egipcios respetaban los animales hasta tributarles culto y adoraciones, de suerte que si pugnaban por cazarlos, era solo con el objeto, bien de domesticarlos, bien de encerrarlos en el recinto sagrado de los templos de sus divinidades en un principio; y cuando despues se introdujo el sacrificio de sangre, con el de educarlos para conducirlos como hostias sagradas á la pira á ser inmolados en obsequio de los dioses. La sencilla religion de los egipcios pasó á los griegos, y de estos á los romanos, los que la acrecentaron notablemente.

Los combates del anfiteatro daban pábulo tambien á la caza de las fieras, de suerte que el hombre se convirtió en fiera para saciar sus deseos.

Diana era la diosa protectora de los cazadores entre los griegos, á la cual solian representar en este ejercicio, persiguiendo á saetazos á un ciervo ú otro animal silvestre, y el dios Pan era el que protegía este ejercicio entre los romanos. Los primeros, en obsequio de su diosa, colgaban las cabezas y piés de los animales á los árboles.

Los antiguos galos eran muy aficionados á la caza del gamo y del toro salvaje, segun Lenoir, y sus cuerpos perfectamente dorados se colocaban como triunfos en los sitios públicos y sobre las puertas de sus casas, adquiriendo gloria los jóvenes á proporcion del número de toros que cogian. Aun se conserva entre nosotros esa misma costumbre, aunque algo modificada, y nuestros lectores verán á cada paso las cabezas de venados, ciervos y jabalies adornando las casas de los aficionados. Los cuernos de toros tambien solian engastarlos en oro y plata para servir, ya de adorno, ya de vasos en los grandes banquetes. Los animales que se preferian para la caza, segun Gregoire de Tours y Fortunato, eran los ciervos, cabras salvajes, búfalos, osos, asnos salvajes y jabalies.

Los antiguos escribieron tratados y aun poemas sobre la caza. La inmensidad de piedras grabadas en anillos representando conejos, ciervos, etc., é instrumentos de caza, los señala como propios de los cazadores antiguos. Los griegos lanzaban á la fiera ó bestia salvaje desde el caballo un palo con un hierro punfiagudo llamado por ellos maza, *pedum* por los latinos, y venablo ó jabalina por nuestros antiguos, de la que aun se sirven los árabes del desierto. Xenophonte en la *Ciropedia* explica por boca del padre de Cyclo el modo de cazar con lazos los pájaros en su tiempo, y con perros las liebres (lib. 1.º, cap. 6). En el mismo libro, capítulo 4, habla Xenophonte tambien de la educacion que debia darse á los perros para la caza. Spanhemio y M. Mongel trataron de la caza de los antiguos perfectamente, como puede verse en las obras del primero y en las memorias del segundo sobre la caza de la liebre, inserta en 1812 en las obras de la academia de bellas letras de Paris.

Los instrumentos que usaron principalmente los antiguos para la caza fueron : un dardo de tres puntas, otro con larga punta de hierro, flechas bien afiladas, espadas, reñones, tridentes, dardos corbos y mazos rodeados de plomo.

A pesar de todo esto, estos grandiosos pueblos no conocieron enteramente como diversion las incomodidades y fatigas inherentes á la caza, la cual tenian como peculiar de los salvajes, de los que es necesaria, como dijo Jovellanos, pero avanzando á la soberbia Roma las legiones del Norte, introdujeron, por doquier que dirigieron sus conquistas, sus costumbres fieras y guerreras; y la caza, á la que se entregaban durante la paz, fué desde entonces la favorita diversion de los pueblos.

Los godos tenian leyes de policia para la caza, y aun obligaban á ejercerla á los guerreros para que no se amilanasen en el ocio, cuando la guerra, que era su pasion favorita, no les ocupaba; por esta razon España admitió desde el principio de su dominacion esta costumbre, que fué la mas favorita de los caballeros de la edad media, ántes de la introduccion del torneo y demás ejercicios á que despues se dedicaron.

El genio reflexivo que caracteriza á los españoles les hizo buscar novedades en la caza, y de la de fieras pasaron á la de aves, que les ofrecia mayor diversion por lo mismo que necesitaban de mas artificio y mas estudio : he aquí la division de la caza en montería y cetrería.

Las aves de rapiña fijaron filosóficamente la atencion de los cazadores, y su educacion ocupa un lugar distinguido en las páginas del arte. El alcotan, alfanegue, borny, azor, nebli, sacre y gerifalte eran las aves mas apreciadas, y se las cuidó de tal suerte, que en toda la Peninsula, particularmente en Asturias, habia aztoreras ó gavilanceras, donde se criaban y educaban con el mayor esmero, llegando hasta el extremo de que arrojado un halcon á cualquiera ave, la cogia y la traia á la mano del cazador. El canceller don Pedro Lopez de Ayala escribió un arte de cetrería, al que remitamos al que quiera instruirse por menor en este género de caza, y por él se ve lo generalizada que estuvo en España esta costumbre, de la que se da tambien razon en los cantos de nuestros antiguos poetas, como puede verse en el *Romancero general*, particularmente en los que tratan de los infantes de Lara, y en el que inserta Duran en el suyo, pág. 11, tomo IV, que dice así:

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia.

En la vida de Niebla, durante el reinado del rey Vamba, dice el erudito Covarrubias, se vieron unas aves de rapiña que se domesticaban con facilidad, á las cuales se les puso el nombre de Neblis, y estas aves fueron las que usaron los cazadores durante la dominacion de los godos hasta la pérdida de España.

A pesar de lo borrascoso del reinado de Pelayo, los nobles astures, en los pequeños intervalos de paz que les dejaba el agareno que pugnaba por conquistarles, se entregaban á la caza de montería, y la historia nos pone de manifiesto la desgraciada muerte del hijo de D. Pelayo, muerto por un oso en los montes de Cangas. En algunos monumentos antiguos se advierte aun la aficion de aquellos guerreros á la caza, entre ellos el chapitel de una columna de la iglesia de Villanueva, en la que se halla entallado con su halcon en la mano el rey D. Favila, segun lo afirman los PP. Sandoval y Florez.

Alfonso el Sabio recomendó á los príncipes y señores la caza. El mismo Alfonso XI compuso, segun dice un escritor, un libro de montería que se publicó por Gonzalo Argote de Malina, y esta diversion tan agreste llegó á ser en tiempo de Juan II y Enrique IV una diversion enteramente cortesana. Al bronco cuerno que llamaba á los perros, se sustituyeron los atabales, bocinas y trompetas, y un gran número de ballesteros y halconeros conducian diestros neblies.

Las bellas españolas, tan atrevidas como hermosas, quisieron participar de esta diversion; y sin manifestar incomodidad ni miedo alguno, caminaban al monte sobre blancas acaneas seguidas de sus dueñas y doncellas, y mezclándose con los cazadores, las mas atrevidas soltaban el halcon á las aves que con maestría se las traian á sus manos, ó lanzaban con gallardía el agudo venablo á la fugitiva fiera, no sin peligro de una desgracia algunas veces. Aquellas que no habian recibido de la naturaleza dotes varoniles, presenciaban la fiesta desde andamios perfectamente adornados, que se alzaban en el centro del monte, y desde ellos lanzaban sus neblies.

La vuelta de una cacería era una de las cosas mas suntuosas que podian verse en aquel tiempo : los atabales y trompetas abrian la marcha, despues seguian los ballesteros, luego los perros con ricos collares, en seguida los halconeros conduciendo estas aves, los caballeros y las damas seguian despues perfectamente equipados todos á caballo, y cerraban la marcha los monteros escoltando un carro en que se llevaban las reses cubiertas con ricos reposteros, y otros conduciendo los venablos y demás armas y pertrechos de caza. Las aves se ostentaban como gala, llevándolas por banda al rededor del cuerpo los escuderos de las damas que las habian cazado.

Hasta el siglo XV estuvo en toda su fuerza la expresada costumbre; pero inventada la pólvora, é introducida en España la escopeta, la caza sufrió una completa revolucion, y en ella concluyó de ser útil el halcon y demás aves de rapiña, y perecieron las ballestas y catapultas, pues el nuevo instrumento de muerte bastó para toda suerte de caza. Desde esta época, como la caza fué mas fácil y ménos costosa, se extendió á todas las clases, y la lucha contra los animales fué mas terrible.

Todos los reyes de España han sido mas ó ménos aficionados á la caza; pero el mas aficionado despues de Carlos I fué Carlos III, de que son buenos testigos los reglamentos que dió sobre la custodia de jabalies, venados y demás en los montes del Pardo, y el gran número de monteros y demás empleados que tenia solo para la caza. Su hijo Carlos IV tuvo tambien mucha aficion, pero no en tanto grado.

Los franceses no mostraron ménos aficion hácia este ejercicio tan noble como divertido. Sobre todo en la edad-media la caza con halcon, esmerejon y gerifalte, estaba tan esparcida entre los grandes personajes del reino, que no habia familia noble que no tuviera á su servicio toda una partida de halconeros, con un jefe noble á su cabeza.

Enrique IV, sobre todo, tenia un apego tan decidido á la caza, que aun en el famoso cerco de Paris, cuando su ejército hugonote se hallaba sujeto á mil privaciones, solia entregarse de vez en cuando á su entretenimiento favorito.

Cuéntase que una mañana, uno de los nobles de la corte del rey, no ménos apasionado que el monarca á la diversion de la caza, soltó un halcon sobre un pichon que pasaba rápidamente hácia Paris, y la casualidad quiso que la victima fuese uno de aquellos pichones-correos que en aquellos tiempos de revueltas y de inseguridad en los caminos, se despachaban los príncipes unos á otros para comunicarse los asuntos de importancia. El noble recogió el mensaje que llevaba aquel pichon-correo, y descubrió un secreto de Estado del mayor interés para el ejército del rey Enrique IV. El billete estaba firmado por el duque de Mayenne y se dirigia al duque de Nemours, gobernador de Paris, diciéndole que tuviera paciencia algunos dias mas, mientras se unia él con el duque de Parma, y juntos los dos ejércitos caian sobre Enrique de improvisó y le obligaban á levantar el cerco.

Los hugonotes, informados de este plan terrible, pudieron conjurar la tempestad saliendo al encuentro de los ejércitos del duque de Mayenne y del duque de Parma, y aunque no pudieron impedir que Paris se abasteciese de los víveres que le faltaban, evitaron sí ser sorprendidos por unas fuerzas muy superiores en número. — Este hecho está citado de unas memorias de aquel tiempo, para probar las muchas ventajas de la caza.

El mes de Agosto.

A trocarse las figuras
De los signos del zodiaco,
Pintara yo al mes de Agosto
Con dos caras como Jano.

Porque, en efecto, dos caras
Tiene este mes, por lo vario,
Una que mira al invierno
Y otra que mira al verano.

Y si alguno pone en duda
La verdad de lo que avanzo,
Yo sostendré mi argumento
Con hechos y con adagios.

Que mira al invierno Agosto
Se me figura tan claro
Que ningun alma nacida
Me sostendrá lo contrario.

Aunque hay almas en el mundo
Con caprichos tan extraños
Que viven, medran y brillan
La lógica trastornando :

Que prueban con gran aplomo
Que dos y dos no son cuatro,
Que el miércoles sigue al jueves
Y el mes de Abril al de Mayo,

Sin que esto su culpa sea,
Pues la falta, bien mirado,
Es de los que tales cosas
Admitimos ó escuchamos.

Pero, aunque inútil juzguemos
Citar ejemplos ó casos
Para probar que una cara
De Agosto mira al verano,

Argumentos buscarémós
Que harán, mi objeto llenando,
Esta verdad mas patente
Y este romance mas largo.

Si la mies en Junio y Julio
Va el labrador hacinando,
Fruto que arroja la tierra
Para premio del trabajo,

Agosto seca la paja,
Con sus ardorosos rayos,
Para que la corte el trillo
Separándole del grano.

Así este mes en las eras
Ostenta montones varios
De géneros diferentes
En calidad y en tamaño,

Desde la lenteja humilde
Hasta el trigo encopetado;
Del oprimido centeno
Al esponjoso garbanzo :

Y estos son en todo el mundo
Los distintivos y rasgos
Que mas carácter imprimen
A la estación del verano.

En la primera quincena
De Agosto, empiezan los carros
A trasladar al granero
La riqueza de los campos.

Es también la gran quincena
De esa estación de los baños
Que empieza sobre San Pedro
Y acaba sobre Santiago.

En fin, en esta quincena
Se tiene ya demostrado
Que la tierra, bendecida
Por el padre de los astros,

Su fuerza vital repone
Haciendo un útil descanso
Para dar á los mortales
Lo que se llama un buen año.

O, al revés, en estos días
Un importuno nublado
De la madre tierra el seno
Generador anegando,

Mata la acción creadora
Con que alegra de ordinario
A los hijos de Saturno
Y á los amantes de Baco.

¿Contaré nuevas hazañas
De este tiempo, voto al diablo,
En que jadean los perros
Y se achicharran los pájaros?

¿Hablaré del triste influjo
Con que suele en ciertos casos
Favorecer de mil pestes
El desarrollo nefando?

Esto sería espantoso,
Y yo, lectores amados,
Pudiendo cantar victorias
No quiero contar estragos.



Los que á las tres de la tarde
Llevan pantalones blancos,
Por la mañana y la noche
Posponen el lienzo al paño.

Algunos toman la capa
Como chisme necesario,
Y no encienden el brasero
Por evitar el sarcasmo.

Pero todos en sus camas,
Temiendo quedar helados,
De las mantas de Palencia
Solicitan el amparo;

Y así demostrado queda
Con los hechos y el adagio
Que Agosto tiene de invierno,
Sino el delito, el conato.

Ahora bien, las consecuencias
De estos repetidos cambios
¿Bastan para que de Agosto
La faz severa temamos?

Ya he dicho que son dos rostros
Los de este mes, encontrados,
Uno que brinda placeres
Y otro que anuncia catarros.

Y si de estos elementos
Se mira lo que han llamado
Compensación los filósofos
Y resultante los sabios,

Obrando en toda conciencia
Deducirémós al cabo
Que de este mes los favores
Pesán mas que los agravios.

Así, la palabra *agosto*
Equivale á los vocablos
De *gocé, lucro y ganancia*,
Segun nuestro diccionario.

Así, cuando la fortuna
Se presenta á un ciudadano
Bajo la forma ó pretexto
De prebenda ó de salario;

El autor de los modismos
Mas precisos y adecuados,
El pueblo, en fin, dice entónces :
« Ya hizo su agosto Fulano. »

Es decir, ya hizo el negocio ;
Ya tiene lo necesario
Para vivir, ya se puso
Las botas, ya es millonario.

Ved si será el tal Agosto
Caritativo y humano,
Cuando tan buenos sinónimos
En su apellido encontramos.

Pero ¿qué mas? los que saben
Cuanto concierne á los astros,
Calculadores de esferas
Y artistas de calendarios;

Basta y sobra con lo dicho
Para que quede sentado
Que Agosto tiene una cara
Que mira siempre al verano ;

Y esto supuesto, pasemos
Al otro extremo indicado,
Esto es, que al invierno mira
Contra faz al mes Jano.

No es en mi opinión difícil
Dejar mi aserto probado
Sin que usemos de sofismas
O de silogismos falsos.

« Agosto, frío en el rostro, »
Dice un refran castellano,
Y da á entender el proverbio,
Mi dictámen sancionando,

Que en este mes, de los frios
Empieza el fatal amago
Precursor del rudo golpe
Que nos deja tiritando.

Quiero decir, los astronómicos
Que el tiempo miden á palmos,
Y á cada mes por sus hechos
Un atributo han colgado,

Hacen que presida á Agosto
Una virgen... Este rasgo
Vale mas en mi concepto
Que cuanto en su pro digamos.

¡Una virgen! Nuestra mente
Sucumbiera de cansancio
Si hallar objeto quisiera
De mas interés y halago.

Una virgen es la esencia
De nuestros sueños dorados,
Compendio de toda gracia,
Resumen de todo encanto,

Y puesto que al mes de Agosto
Presta una virgen su amparo,
Yo me acojo á sus bondades
Y su victoria proclamo.

J. M. VILLERGAS.